6727

MARGARITA DE BORGOÑA.

Drama en cinco actos y en prosa,

DEL CÉLEBRE

ALEJANDRO DUMAS.

Este drama ha sido aprobado para su representacion por la Junta de Censura de los teatros del Reino, en 14 de Julio de 1849.

LIBRERIA DE CUESTA
CARRETAS 9 MADRID

M. P. D.

MADRID.
IMPRENTA DE POLICARPO LOPEZ.
Cava-Baja, n.° 19, bajo.
Mayo 1874.

PERSONAS.

BURIDAN.
GUALTERO D' AULNAY.
FELIPE D' AULNAY.
ORSINI.
SAVOISSY.
PIERREFONDS.
RICARDO.
ENGUERRAND DE MARIGNY.
LANDRY.
SIMON.
SIR RAUL.
JUAN.
UN OFICIAL.
MARGARITA DE BORGOÑA.
CARLOTA.
UNA DAMA TAPADA.
UN SERENO.
CABALLEROS, PAGES, GUARDIAS, VILLANOS.

Este drama pertenece á la Galería Dramática, que comprende los teatros moderno, antiguo español y estrangero, y es propiedad en el todo de su editor *Don Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso le reimprima ó represente en algun teatro del Reino, ó en los Liceos y demás Sociedades sostenidas por suscricion de los Socios, con arreglo á la ley de 10 de Junio de 1847, y decreto orgánico de teatros de 28 de Julio de 1852.

ACTO PRIMERO.

CUADRO PRIMERO.

FELIPE D' AULNAY.

Interior de la taberna de Orsini en la puerta de St. Honoré. En las mesas de la derecha habrá hasta una docena de villanos y trabajadores: Felipe d' Aulnay estará solo en una mesa escribiendo en un pergamino; á su lado un jarro de vino y un cubilete.

ESCENA PRIMERA.

FELIPE D'AULNAY. RICARDO. SIMON. JUAN. VILLANOS. *Poco despues* ORSINI.

Ricardo. (*Levantándose.*) Hola! maese Orsini; nuestro amo; tabernero del diablo; envenenador público! habrá que llamarte por todos tus nombres para que respondas?

Orsini. Allá voy, allá voy; qué se ofrece, vino?

Simon. (*Levantádose.*) Gracias, tenemos todavia, es Ricardo que quiere saber cuántas almas ha cogido esta mañana entre sus uñas tu amo el demonio.

Ricardo. O hablando mas cristianamente, cuántos cadáveres se han encontrado en las orillas del Sena, por la parte que baja desde la Torre de Nesle hasta los Buenos-hombres.

Orsini. Tres.

Ricardo. Y todos tres sin duda nobles y jóvenes.

Orsini. Los tres jóvenes y nobles.

Ricardo. Como de costumbre. Quizás tambien los tres serán de los que se oponen á la órden que Margarita de Borgoña, reina de Francia, ha dado para que solo

ella, de concierto con su primer ministro, pueda acuñar y alterar la moneda.—Vive Dios, que monseñor de Marigny tiene ganas de tentar la paciencia á los villanos!

Orsini. Dicen tambien que los tres jóvenes asesinados eran de la liga de hidalgos que quieren representar al rey el tráfico que hace el primer ministro con la libertad de los pecheros.

Ricardo. Si por cierto; segun el señor de Marigny todo villano tiene derecho para disponer de su cuerpo y de sus bienes, con tal que pueda comprarlos: si no, su señor tiene sobre él el de vida y muerte.

Simon. Al menos la pesca de hidalgos muertos que desde hace algun tiempo nos trae el Sena, nos quita otros tantos enemigos, porque si los nobles miran con horror el comercio que hacen con nuestra sangre, es porque muchos de nosotros acabaremos de ser sus siervos de ese modo.

Ricardo. Verdad es tambien; la muerte de esos nobles es castigo del cielo: los villanos tienen la peste y los tributos; los nobles la Torre de Nesle y Margarita de Borgoña: eso nos consuela del pecho y servidumbre.—Gracias, tabernero, ahí tienes lo que queriamos saber de ti, á menos que en tu calidad de italiano y brujo no tengas á bien decirnos quién es el vampiro que necesita tanta sangre noble y juvenil, para impedir que la suya envejezca y se seque.

Orsini. No lo sé.

Simon. Y por qué se encuentran siempre los ahogados mas abajo y nunca mas arriba de la Torre de Nesle?

Orsini. No lo sé.

Felipe. (*Llamando á Orsini.*) Orsini.

Simon. No lo sabes?... Pues mira! déjanos en paz, y responde á ese hidalgo que te hace la honra de llamarte.

Felipe Maese.

Orsini. En qué puedo servir á vuestra merced?

Felipe. Podrá encargarse de llevar este billete uno de los mozos de tu taberna mediante estos dos sueldos de Paris?

Orsini. Al instante... Landry... Landry!...

Landry. (*Acercándose.*) Aquí estoy. (*Se dirige á Feli-*

pe y espera mientras este sella la carta y pone las señas.)

Orsini. Haz al punto lo que te manda este caballero. (*Hace como que se va.*)

Ricardo. (*Deteniendo á Orsini por el brazo.*) Como quiera que sea, nuestro amo, si yo me llamara Orsini, de lo que Dios me libre, si fuese dueño de esta taberna, lo que Dios quiera, y si mis ventanas cayesen como las tuyas hácia esa antiquisima mole de la Torre de Nesle, que Dios confunda, yo haria por pasar, aunque no fuera mas que una sola noche mirándola y escuchando, y te apuesto que al dia siguiente tendria que contar á todo el que me preguntare.

Orsini. Ese no es mi oficio. Quereis vino? Si ó nó. Soy tabernero, y no celador de noche.

Ricardo. Vete con mil diantres!

Orsini. Pues soltadme entonces.

Ricardo. Tienes razon. (*Vase Orsini.*)

Felipe. (*Despues de haber cerrado la carta.*) Escucha, mozo: toma estos dos sueldos parasis, y vete al Louvre; preguntarás por el capitan Gualtero d' Aulnay y le entregarás esta carta.

Landry. Se hará como vuestra merced lo manda, caballero. (*Vase Landry.*)

Ricardo. Dime, Juan de Monthery, has visto el séquito de la reina Margarita y de las princesas Juana y Blanca?

Juan. Cierto que lo he visto.

Ricardo. No hay que preguntar ahora dónde fué á parar el pecho que el rey Felipe-el-Hermoso, de gloriosa memoria, nos hizo pagar el dia en que armó caballero á su primogénito Luis-el-Pendenciero; el diablo me lleve si no he conocido mis treinta sueldos en el trage del favorito de la reina; aunque de moneda de vellon se han vuelto en finisimo brocado de oro ricamente frisado. Simon, has visto tú al tal Gualtero d'Aulnay?... (*Felipe levanta la cabeza.*)

Simon. Y mas de lo que hubiera deseado, pesie á mi cuerpo!... Su maldito caballo empezó á caracolar al pasar por mi lado y me plantó tan de lleno una de sus patas sobre la mia, como si fuera sobre una pie-

dra; yo empecé á pedir misericordia, y el dueño para hacerme callar me dió...

Juan. Un escudo de oro?

Simon. Si, un porrazo con el pomo de su estoque en la cabeza, llamándome hampon.

Juan. Y tú no hiciste nada al caballo, ni dijiste nada al dueño?

Simon. Lo que es al caballo le encajé bonitamente tres pulgadas de esta daga en un hijar, y se fué desangrando; al amo le llamé bastardo, y se fué jurando.

Felipe. (*Desde su mesa.*) Quién dice que Gualtero d'Aulnay es un bastardo?

Simon. Yo.

Felipe. Mientes con toda tu boca, bellaco. (*Tirándole el cubilete á la cabeza.*)

Simon. A él, chicos.

Villanos. (*Echando mano á los cuchillos.*) Muera el lindo!... el hidalgo!

Felipe. (*Sacando la espada.*) Hola! seores guapos! cuidado con mi espada, que es mas larga y de mejor acero que vuestros puñales.

Simon. Si; pero tenemos diez hojas contra tu espada.

Felipe. Atrás, canalla!

Todos. Muera! muera! (*Forman un círculo al rededor de Felipe, que pára los golpes con la espada.*)

ESCENA II.

DICHOS. BURIDAN. ORSINI.

(*Sale, deja á un lado la capa, y viendo que es un hidalgo el que se defiende de la plebe, saca corriendo la espada.*)

Buridan. Diez contra uno!... Diez villanos contra un hidalgo! hay cinco demás. (*Los dá por detrás.*)

Villanos. Que nos matan!... la ronda!... (*Quieren escaparse: Orsini aparece.*)

Buridan. Posadero de Barrabás, cierra la puerta, y que ninguno de estos bellacos salga á alborotar el

barrio... la culpa está de su parte. (*A los villanos.*) No es verdad que vosotros sois los que habeis insultado?

Villanos. Si, señor, sí.

Buridan. Ya lo veis, los perdonamos. Vuélvase cada cual á su mesa; esta es la nuestra... Mándame traer vino por mi amigo Landry.

Orsini. Ha salido con recado de ese doncel; yo mismo tendré la honra de serviros.

Buridan. Como gustes, pero despacha. (*Volviendo á los villanos.*) Hay alguno que hable por ahí?

Villanos. No, señor, no.

Felipe. Por mi nombre! Caballero, su merced me acaba de sacar de un mal paso; y le juro que me acordaré si llego á encontrarle en semejante apuro.

Buridan. Venga esa mano.

Felipe. Con toda el alma.

Buridan. Pues todo está dicho, y basta de ofertas. (*Orsini trae vino en jarros.*) A vuestra salud!... Lleva dos jarros de este á esas buenas piezas, para que beban á la nuestra... bien.—Esta es la primera vez, señor soldado, que os veo en la reverenciada taberna de maese Orsini; sois por ventura recien llegado á la muy noble villa de Paris?

Felipe. Hará como dos horas, precisamente á tiempo que haya podido ver el acompañamiento de la reina Margarita.

Buridan. Reina! aun no lo es.

Felipe. Pero lo será pasado mañana, pues que pasado mañana llega de Navarra para suceder á Felipe-el-Hermoso, nuestro señor Luis X, y yo me he aprovechado de su advenimiento al trono para regresar de Flandes, donde hacia la guerra.

Buridan. Y yo de Italia, donde estaba en campaña, Por lo visto la misma causa nos trae aquí, mi dueño.

Felipe. Yo busco fortuna.

Buridan. Como yo; y vuestros medios de conseguirla cuáles son?

Felipe. Hace seis meses que mi hermano es capitan de la guardia de la reina Margarita.

Buridan. Y se llama?

Felipe. Gualtero d' Aulnay,

Buridan. Si es así, pronto hareis carrera; porque la reina no niega nada á vuestro hermano.

Felipe. Así dicen, y yo acabo de escribirle anunciándole mi arribo, y diciéndole que venga á encontrarme aquí.

Buridan. Aquí, en medio de esta gente?

Felipe. Mirad despacio.

Buridan. Oiga! los perillanes han desaparecido.

Felipe. Continuemos ya que nos dejan libres. Soy indiscreto si os pregunto vuestro nombre?

Buridan. Mi nombre?—Decid mis nombres, porque yo tengo dos: uno de nacimiento, que es el mio, y que no uso; y otro de guerra, que no es el mio, y que uso.

Felipe. Y cuál me direis?...

Buridan. Mi nombre de guerra, Buridan.

Felipe. Buridan: teneis algun protector en la corte?

Buridan. Ninguno.

Felipe. Y cuáles son vuestros recursos?

Buridan. Mis recursos están aquí! (*Dándose en la frente.*) y aquí! (*Dándose en el pecho.*) En la cabeza y en el corazon.

Felipe. Contais con vuestra buena cara y con el amor; teneis razon, caballero. (*Orsini sale á arreglar la taberna, y escucha.*)

Buridan. Con otra cosa cuento tambien, porque soy de la misma edad y del mismo pais que la reina... y he sido page del duque Roberto II, su padre, el cual murió asesinado... la reina y yo vendríamos entonces á tener apenas entre los dos la edad que ella, ó yo solo, tenemos en el dia.

Felipe. Y qué edad teneis?

Buridan. Treinta y cuatro años.

Orsini. (*Ap.*) Qué oigo!... este hombre ha sido page de Roberto II!... (*Hace que arregla los jarros y cubiletes, y examina al capitan.*)

Felipe. Y segun eso?...

Buridan. Segun eso... quiero decir que desde aquella época existe un secreto entre Margarita de Borgoña y yo... secreto que me matará ó que hará mi suerte.

Orsini. (*Ap.*) Un secreto con la reina!

Felipe. Tan terrible es?

Buridan. Cierto... Y figuraos, caballero, si tendré con-

fianza en su importancia, que si en este instante estuviera hablando con Margarita, reina de Francia, como vos la nombrais, os juro que dentro de una hora Buridan el capitan seria el primer ministro de Estado.

Orsini. Oh! Señor rufian, (*En voz baja.*) yo haré que os corten las alas, pues os creeis con poder para volar tan alto... Es preciso avisar á la reina. (*Vase por la puerta del fondo.*)

Felipe. (*Presentándole el cubilete para brindar.*) Pues siendo así, capitan, que Dios os dé fortuna!

Buridan. El os la vuelva, amigo.

Felipe. Gracias.—Os aseguro que no me inquieta ese punto, porque mi hermano me presentará en la corte, y espero...

Buridan. Dichoso vos, amigo... Hace cinco dias que estoy en Paris, y escepto Landry, que es un antiguo conocimiento de campaña, no he encontrado un solo rostro al que pueda aplicar un nombre... Vive Dios!... no soy de tanta edad, ni tan feo, sin embargo, que pierda la esperanza de tener alguna aventura.

Landry. (*Apareciendo á la puerta.*) Por aquí, caballero. (*Despues de haber enseñado el camino á Gualtero, se entra en la habitacion de Orsini.—Empieza á oscurecer poco á poco.*)

ESCENA III.

DICHOS. GUALTERO D'AULNAY.

Felipe. El es!... Gualtero!... Aquí, aquí, hermano mio! (*Tendiendo los brazos hácia él.*)

Gualtero. (*Arrojándose en ellos.*) Hermano querido!... Con que es verdad que eres tú?... Ah! dame esa mano.

Felipe. Sí, tu Felipe soy, que te quiere siempre como á la mitad de sí mismo.

Gualtero. Otra vez, otra vez, hermano mio... (*Trayéndole contra su pecho.*) Quién es este hidalgo?

Felipe. Un amigo de una hora que me ha prestado un servicio del que tendré memoria toda la vida: me

ha sacado de entre las manos de una docena de rufianes, á quienes habia arrojado una maldicion y un cubilete á la cabeza porque hablaban mal de tí.

Gualtero. Pues que así es, gracias por él y por mí. Si Gualtero d'Aulnay puede seros útil para alguna cosa, aun cuando se hallase en oracion sobre el sepulcro de su madre, la que Dios le haga conocer algun dia! aun cuando se hallase á los piés de su amada, se levantará, irá á vos, y si necesitais su sangre ó su vida, os la dará, como os dá ahora la mano.

Felipe. Sí, capitan, y no habreis de estrañarlo cuando sepais que él no tiene en el mundo mas que á mí, ni yo mas que á él; que somos gemelos y sin padres, con una cruz en el brazo izquierdo por única marca, en caso de reconocimiento; que nos han espuesto desnudos y juntos en el portal de nuestra Señora; que hemos tenido hambre y frio juntos, y hemos hecho pasar el frio de uno con el calor del otro, y el hambre de los dos con el pan de uno solo.

Gualtero. Desde entonces nuestras mas largas ausencias han sido de seis meses, y si él llegare á morir, moriré yo: porque así como uno de los dos hubo de venir al mundo algunas horas antes que el otro, así ninguno de los dos debemos sobrevivirnos. Ambos tenemos la conviccion de que sucederá así en el fondo del alma; creedlo, y por lo mismo entre nosotros todo es de los dos, nada de uno solo; caballo, bolsillo y espada, á una señal... (*Acercándose á Felipe y estrechándole ambas manos entre las suyas.*) la vida á una palabra.

ESCENA IV.

DICHOS. UNA DUEÑA TAPADA.

Dueña. (*Saliendo y dando con la mano en el hombro á Buridan, que estará solo en medio del teatro.*) Señor capitan?

Buridan. Qué se ofrece, prenda? (*Volviéndose.*)

Dueña. Deciros dos palabras en voz baja.

Gualtero. Hola! (*Volviéndose hácia el capitan, y reparando en la Dueña.*) Dama con manto á estas horas!

Buridan. Y por qué no en voz alta?

Dueña. Porque no tengo mas que dos palabras que decir, y hay muchos oidos que escuchen.

Buridan. Es verdad... colgaos de ese brazo, mi alma, y decidme esas dos palabras.—Vuestras mercedes me darán permiso.

Gualtero. Mandad! (*Buridan le trae al estremo del teatro.*)

Dueña. Una dama que gusta de la gente de guerra, suspira por ese talle... sois tan valiente como galan, y tan confiado como valiente?

Buridan. Veinte años he estado en guerra con los italianos, que son los mayores taeaños que jamás conocí; otro tanto tiempo he hecho el amor á las italianas, que son las bribonas mas taimadas que he tratado en mi vida... y no se me acuerda que haya dejado de acudir á cita ni desafio, con tal que el hombre pudiese llevar cadena y calzar espuelas de oro... y que la mujer fuese jóven y bonita.

Dueña. Es jóven y hermosa.

Buridan. Bien.

Dueña. Y os aguarda esta noche.

Buridan. En donde y á qué hora?

Dueña. Frente á la segunda Torre del Louvre... al toque de oraciones.

Buridan. No faltaré.

Dueña. Un hombre se acercará á vuestra merced, y le dirá: Vuestra mano?... Enseñareis esta sortija, y le seguireis... adios, capitan, ánimo y buena dicha.

Gualtero. Paréceme, (*Acercándose á Buridan con tono jovial.*) capitan, segun el recato de la bella, que haceis fortuna con las ninfas de las riberas del Sena, no es cierto?

Buridan. Eh! amores de soldado y nada mas; una cita amorosa para esta noche, que si he de juzgar por las apariencias... pero... por San Dionisio! no es la misma Dueña la que habla ahora con vuestro hermano?

Gualtero. Sí, cuerpo de Cristo... Esplicadme... (*Buridan le habla en voz baja.*)

Dueña. (*Bajo á Felipe.*) Hidalgo, yo sé de una niña que os ama; sois tan decidido como gallardo y tan gallardo como decidido?

Felipe. Si esa niña no necesita mas que un corazon que atropelle por cualquier peligro para conseguir su amor, aquí tiene lo que necesita, siempre y cuando que sea jóven y linda, si no que se encomiende á Santa Catalina y entre en un convento.

Dueña. Es jóven y bonita... Esta noche os aguarda.

Felipe. Dónde?

Dueña. Esperad en la calle Vieja del Templo; un hombre se acercará y os pedirá la mano; le enseñareis esta sortija y le seguireis.—Adios, hidalgo: valor y prudencia. (*Vase corriendo. Felipe se queda contemplando la sortija.*)

Buridan. (*Dirigiéndose á él.*) Pero escuchad; es esto sueño, ó alguna mala partida que quieren jugarnos?

Felipe. El qué?

Buridan. Esa recatada dueña os ha hablado á lo que he visto?...

Felipe. Sí.

Buridan. Y á mí acaba de darme una cita de amor para esta noche.

Felipe. Una cita?

Buridan. De parte de su señora, sin duda.

Felipe. A qué hora?

Buridan. A la oracion.

Felipe. Pues á mí tambien con esta sortija.

Buridan. Veamos!

Felipe. Miradla. (*Enseñándosela.*)

Buridan. Igual á la mia! (*Idem.*)

Felipe. Esto es burla... ireis?

Buridan. Si iré?... Por mi nombre que pienso faltar ahora menos que nunca.

Felipe. Ni yo tampoco... Serán dos hermanas,

Buridan. Mejor; asi seremos cuñados.

Gualtero. Qué oigo! Apenás hace dos horas que has llegado y ya tienes una cita para esta noche? (*Dos mozos salen y van á cerrar los postigos.*) Ten cuidado, hermano mio, hace algunos dias que el Sena arroja de sus aguas multitud de cadáveres, la mayor parte de jóvenes nobles, y cuya muerte atribuye el pueblo al señor de Marigny.

Felipe. Ya lo oís, capitan; ireis?

Buridan. He prometido que sí. (*Con tono decidido.*)

Felipe. Yo tambien.

Gualtero. Capitan, cuánto tiempo hace que llegásteis á Paris?

Buridan. Cinco dias.

Gualtero. Tú hace dos horas, y él cinco dias... los dos jóvenes y nobles... No vayais, amigos, no vayais.

Felipe. Lo hemos jurado por el honor, hermano mio.

Gualtero. Esa promesa es sagrada... no faltes, pero mañana, al rayar el dia... (*A su hermano.*)

Felipe. Si, no temas; me verás á tu lado.

Gualtero. (*Volviéndose y cogiendo la mano á Buridan.*) Vos, cuando gusteis.

Buridan. Gracias. (*Se oye el toque de oracion.*)

Orsini. (*Apareciendo en la puerta del fondo.*) Hidalgos, la oracion!

Buridan. Dios os guarde; (*Cogiendo su capa.*) me esperan en la segunda Torre del Louvre. (*Vase.*)

Felipe. A mi en la calle Vieja del Templo. (*Vase.*)

Gualtero. A mi en palacio. (*Vase.*)

Orsini. (*Solo.*) (*Cierra la puerta y dá un silbido: Landry aparece con otros dos.*) Y á nosotros, muchachos, en la Torre de Nesle.

CUADRO SEGUNDO.

El teatro representa una sala interior de la Torre de Nesle, de forma ovalada: una puerta á la derecha del actor, y otra á la izquierda: en el fondo una ventana con balcon sobre el rio.—Muebles y adornos de la época. Al empezar el acto truenos y lluvia.

ESCENA V.

ORSINI, *solo, apoyado en la ventana.*

Terrible está la noche! el cielo parece que quiere desplomarse, y el rio hinchado con la lluvia, se eleva

debajo de las ventanas de la Torre como para esperar de mas cerca los cadáveres... Horrible noche por cierto! Allá fuera, el ruido del trueno... aquí dentro el choque de los vasos y las canciones báquicas... Concierto infernal de que el demonio no dejará de sacar su presa!... (*Se oyen dentro carcajadas.*) Reid... reid, insensatos! aprovechad el tiempo que aun os queda de vida, y aprovechadlo bien... reid, que yo aquí espero para ahogaros la risa en la garganta... ah! pero no temais, no habeis sido los únicos... tambien esperé ayer... tambien esperaré mañana. El señor page de Roberto II! Es singular... «Poseo un secreto de la reina Margarita que me costará la vida ó me elevará al primer puesto de la nacion!» Oh! lo que es una parte de su profecía tiene un fondo de verdad... terrible...

Una voz dentro. Son las dos: Paris está tranquilo: dormid en paz.

Orsini. Las dos ya.

ESCENA VI.

ORSINI. LANDRY.

Landry. Señor?

Orsini. Qué quieres.

Landry. Son las dos de la mañana.

Orsini. Y qué?...

Landry. La gente se fastidia...

Orsini. Tambien se les paga.

Landry. Si, pero se les paga para herir y no para esperar. En este caso debe doblarse la suma: tanto por el fastidio, y tanto por el asesinato.

Orsini. Dices bien...pero alguien se acerca... vete.

Landry. Si, señor, me iré; pero lo que he dicho me parece muy justo.

ESCENA VII.

ORSINI. MARGARITA.

Margarita. Orsini!

Orsini. Señora.

Margarita. Dónde está tu gente?
Orsini. Allí.
Margarita. Preparados?
Orsini. Como siempre: la noche está ya muy avanzada.
Margarita. Tan tarde es?
Orsini. Muy tarde: no se hará esperar mucho el dia.
Margarita. Te engañas, Orsini... está todavia muy oscura la noche. Ah!... (*Se sienta.*)
Orsini. Sin embargo, es preciso que os marcheis, no os echen de menos; es preciso que nos dejeis dueños del campo.
Margarita. Déjame, Orsini.
Orsini. Además, era inútil esa venida.
Margarita. Inútil no... era necesario que yo descubriese el secreto de ese hombre siniestro; no sé por qué temblaba yo desde que me diste aquel aviso...
Orsini. Habeis logrado al fin?...
Margarita. Nada.
Orsini. Nada! bien dije yo desde luego que era un pícaro muy solapado.
Margarita. No ha habido modo de hacerle perder un momento la cabeza.
Orsini. Pues bien... que muera con su secreto.
Margarita. Si, si... es un hombre peligroso... en cuanto al otro me parece que le perdonemos... eh?
Orsini. No me atreveria yo á otro tanto.
Margarita. Puedo asegurarte que nada sabe de ese misterioso secreto: á qué derramar inútilmente su sangre? Hasta ahora no he hecho derramar sino la de esos orgullosos nobles que se creian tener bastante fuerza para contrastar el poder de Margarita de Borgoña... A propósito de esto: has oido algo hoy?
Orsini. Lo que siempre: solo que el señor de Marigny tiene desde hoy un nuevo titulo; le llaman el *monedero falso.*
Margarita. Y por qué?
Orsini. Porque asi el pueblo como la nobleza le acusan de haberos dado la idea de alterar la moneda: el pueblo grita y pide justicia: los nobles claman venganza.
Margarita. El pueblo es fácil de engañar, y mañana

gritará «*Noel* y vivas á la entrada del rey mi esposo.» En cuanto á las amenazas de los nobles, esta Torre bastará á hacerlos callar, y no dejará una sola voz que pueda hablar de mi persona, sino con el respeto debido... Acabo de saber que esta noche se han reunido en casa de madamá d'Etampes entre otros el conde de Valois, el marqués d'Amblize y un caballero desconocido llamado Puylaurens.

Orsini. Y qué?...

Margarita. Han hablado sobre la necesidad de cortar de una vez los males de la Francia, haciendo presente á mi esposo á su entrada en París la causa de ellos: en una palabra, quieren acusarme delante del rey, quieren acusar á Enguerrand de Marigny, mi primer ministro, como autores de los asesinatos cometidos estas últimas noches.

Orsini. Todo eso quiere decir que mañana aparecerán en el Sena tres cadáveres mas. Esta nobleza de París está muy mal con su vida.

Margarita. Volviendo á ese jóven, es preciso salvarle... No has reparado en sus facciones? no encuentras mucha semejanza entre él y...

Orsini. Y quién?...

Margarita. Y mi Gualtero d'Aulnay. No he podido menos de sorprenderme mirándole... creia ver á Gualtero, cuando hablaba me parecia oir á Gualtero... ah! ese jóven no puede sernos peligroso.

Orsini. Qué decis, señora? Pensad en que mañana puede veros en medio de vuestra corte, puede decir... una noche entré con Buridan el capitan en una Torre, con los ojos vendados: nos sirvieron un magnífico banquete... allí habia varias damas, y entre ellas... Margarita de Borgoña! Al dia siguiente apareció el cadáver ensangrentado del capitan en el Sena, al pié de la Torre de Nesle!... Pensadlo bien... retiraos y abandonadnos ese jóven.

Margarita. Abandonártelo!... no; todos tus temores son infundados... yo no me he quitado la máscara en toda la noche... es imposible que pueda haberme conocido. Además yo le pediré que salga al momento de París, él me dará su palabra de honor, y no dudo la cumplirá! Yo quiero que viva.

Orsini. Se hará como mandais, pero...

Margarita. Si, si... en cuanto al otro, que muera sin remedio... que entren al momento esos hombres, y acabad pronto.

ESCENA VIII.

MARGARITA. FELIPE.

Felipe. Dónde estais? dónde os habeis escondido?

Margarita. Caballero... ya es de dia.

Felipe. Qué me importa el dia ni la noche? Venia buscándote, porque me era imposible vivir lejos de tu lado.

Margarita. Callad!... es preciso que nos separemos, preciso.

Felipe. Separarnos! imposible. Dios sabe si volveremos á vernos nunca... A lo menos es necesario que me espliqueis el motivo de vuestra conducta: á qué viene ocultarme toda la noche vuestro rostro?... á qué esta cita de amor, cuando no me habeis hablado de amor en toda la noche?... á qué me habeis hecho traer aqui en la oscuridad y con los ojos vendados?... Os habeis querido burlar de mi? Pues yo os juro...

Margarita. Acordaos de que me habeis prometido portaros con moderacion... no perdamos el tiempo, el dia se acerca y no podeis estar aquí un minuto mas si no quereis perderme y perderos. Ved el sol que va á parecer...

Felipe. No... es el resplandor de la luna que brilla entre las nubes impelidas por el viento. No temais; concededme una hora mas, una hora tan solo, y despues os ofrezco que partiré.

Margarita. Ni un momento, yo os lo suplico... partid sin mirar en rededor, sin querer saber nada mas; olvidaos de esta noche, no hableis á nadie, no le pregunteis nada á nadie... no digais una palabra á vuestro mejor amigo, porque esto os podria ser fatal... ea, marchad pronto, yo os lo mando.

Felipe. Si, te obedeceré; pero dime á lo menos tu nombre, júrame que volveremos á vernos, dame una esperanza, dime una palabra de consuelo, que sepa yo á lo menos que me amas... tu nombre, tu nombre: yo

te juro que lo tendré siempre grabado en mi corazon, y que lo recordaré en mis sueños.

Margarita. Yo no tengo para vos nombre; pero si me amais como decís, obedecedme; si no me amais, obedecedmé tambien, porque soy mujer, porque esta es mi casa, y aquí yo puedo mandar. Desde este momento no os conozco... salid fuera.

Felipe. Bien, bien... ya parto. Adios, noble señora, honestísima señora... os habeis burlado de mí; pero yo os juro que no será impunemente... aunque me oculteis el rostro, yo os prometo que he de saber quién sois... oh! no, no os reireis seguramente.

Margarita. Cómo!... qué quereis decir?

Felipe. Nada, no temais. (*Tomando un alfiler de la toca de Margarita.*) Señora, menos que nada, una señal por medio de la cual pueda yo reconoceros. (*Clavando el alfiler en el rostro de Margarita á través de la máscara.*) Esto tan solo.

Margarita. Ah!

Felipe. Ahora dime tu nombre, ó no me lo digas; quitate la máscara, ó continúa encubierta, yo te conoceré en cualquier parte.

Margarita. Me habeis herido... esta señal es lo mismo que si hubiérais visto mi rostro. Insensato! yo quería salvaros... esta señal, veis esta señal? bien os podeis hincar de rodillas y rezar á Dios... bien podeis temblar y mirarme con los ojos de la agonía.

(*Orsini, que entra al pronunciar Margarita las últimas palabras, se dirige á la ventana, la cierra y se lleva la luz: queda el teatro oscuro hasta la conclusion del acto.*)

ESCENA IX.

FELIPE. BURIDAN.

Buridan. (*Saliendo á tentones.*) Quién está aquí? (*Tropezando con el brazo de Felipe.*)

Felipe. Yo.

Buridan. Quién sois?

Felipe. Qué os importa?

Buridan. Yo conozco esta voz. (*Le lleva hácia la ventana.*)

Felipe. Buridan!

Buridan. Felipe!
Felipe. Sois vos!
Buridan. Si, cuerpo de Dios! yo soy; os buscaba por todas partes.
Felipe. Para qué?
Buridan. No sabeis dónde estamos?
Felipe. Dónde?
Buridan. No sabeis quiénes son esas mujeres?
Felipe. Venis muy conmovido, Buridan.
Buridan. Esas mujeres... No teneis sospecha de cuál sea su clase?
Felipe. No.
Buridan. Porque á mí me parece que deben pertenecer á un rango elevado. No habeis observado el lujo portentoso de esas habitaciones perfumadas? No habeis reparado en aquellas manos blancas, en sus ricos vestidos, en sus miradas falsas y tal vez siniestras? oh! no hay duda, son señoras de alto rango. Vos creisteis... yo tambien lo creí, que nos aguardaba el amor en esta casa misteriosa; no, yo sé ya que no es el amor, ni es tampoco una burla; es mas séria de lo que pensais nuestra situacion. Ese banquete... sabeis cuál es su objeto?... no, no lo han logrado... creian que yo tal vez perderia la razon y que sorprenderian mi secreto... creedme, amigo mio... son señoras de alto rango.
Felipe. Y qué?
Buridan. Y qué? no os hace estremecer esta idea?
Felipe. Estremecer! y por qué?
Buridan. Ese empeño en no darse á conocer, en tener cubierto el rostro.
Felipe. Oh! como yo logre ver mañana la de la máscara negra, no temais que la desconozca.
Buridan. Se ha descubierto?
Felipe. No, pero al través de su máscara le he hecho en el rostro con este alfiler de oro una señal que no se borrará en algun tiempo.
Buridan. Desgraciado! podia haber acaso alguna esperanza de salvarnos y toda la destruyes.
Felipe. Cómo?
Buridan. Qué vés delante de ti? (*Conduciéndole á la ventana.*)

Pelipe. El Louvre.

Buridan. A tus piés?

Felipe. El Sena.

Buridan. Y al rededor de nosotros... la Torre de Nesle.

Felipe. La Torre de Nesle!

Buridan. Si, la antigua Torre de Nesle, á cuyo pié se han encontrado tantos cadáveres.

Felipe. Y estamos desarmados, porque al entrar se nos han pedido nuestras espadas.

Buridan. Y de qué nos servirian esas armas? no se trata de defendernos, sino de huir. Ved si por esa puerta.

Felipe. Está cerrada. (*Empujando la puerta de la izquierda.*) Ah! escucha, si yo muero, y tú logras escapar, véngame.

Buridan. Si; y si yo muero y tú vives, me vengarás tambien; vé á buscar á tu hermano Gualtero... le dirás... escucha... es preciso escribir para que haya pruebas...

Felipe. No tenemos pluma, tinta, ni pergamino.

Buridan. Yo tengo aqui mi libro de memorias, tú conservas todavia ese alfiler... en tu brazo hay venas y en tus venas sangre: escribe ahi para que tu hermano me crea si voy á pedirle venganza de tu muerte. Escribe... «Yo he sido asesinado por...» yo pondré el nombre, si, yo sabré quién es, si logro sobrevivirte... y aun en este momento una sospecha terrible... nada, nada, firma; y si te salvas, haz por mí lo que yo hiciera por tí: Adios... tratemos de huir cada uno por un lado.

Felipe. Adios. (*Se abrazan; Felipe entra por la puerta de la derecha. Buridan vacila, se acerca un momento hácia la puerta de la izquierda, y retrocede al ver salir por ella á Landry.*)

ESCENA X.

BURIDAN. LANDRY.

Buridan. Ah!

Landry. Podeis arrodillaros, señor mio; y rezar por vuestra alma.

Buridan. Esa voz no me es desconocida.
Landry. Mi capitan!
Buridan. Landry! mi valiente Landry, es preciso que me salves: nos quieren asesinar; es verdad que tú no te atreverás á herirme?
Landry. Yo quisiera libraros, pero es imposible.
Buridan. Esa escalera...
Landry. Está tomada...
Buridan. Y esa ventana?
Landry. Sabeis nadar?
Buridan. Sí.
Landry. Pues despachaos: el ángel de la Guarda vaya con vos. (*Abriendo la ventana.*)
Buridan. (*Sobre la barandilla.*) Dios mio! Dios mio! tened piedad de mí. (*Se arroja, y se deja oir el ruido de un cuerpo que cae en el agua.*)
Orsini. Dónde está?... (*Entrando.*)
Landry. En el rio; es asunto concluido.
Orsini. Estaba bien muerto?
Landry. Bien muerto.
Felipe. (*Sale de la puerta de la derecha todo ensangrentado.*) Socorro, socorro... capitan, favor... (*Cae.*) (*Margarita enmascarada y con una antorcha en la mano.*)
Margarita. «Ver tu rostro y despues morir es todo mi deseo,» me decias no há mucho... pues bien, mirame... y muere. (*Quitándose la máscara.*)
Felipe. Margarita de Borgoña! reina de Francia!
Una voz. (*Dentro.*) Son las tres: París está tranquilo; dormid en paz.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

CUADRO TERCERO.

EL GITANO.

Un salon de palacio.

ESCENA PRIMERA.

LA REINA *recostada en un sofá de la época.* GUALTERO *á sus piés sentado sobre uno de los cogines del estrado.*

Gualtero. Pero no me esplicareis ese sueño?

Margarita. Escuchad; he creido ver en sueños á un gallardo jóven que se os parecia; tenia vuestro mirar, vuestra edad, vuestra voz penetrante y vuestro acento apasionado...

Gualtero. Acabad.

Margarita. No puedo recordar lo demás; solo me acuerdo que aquel sueño tuvo un fin terrible como si me desgarrasen el rostro.

Gualtero. Ah! Y en efecto, señora, (*Reparando la cicatriz.*) teneis una herida leve en la megilla.

Margarita. Si... ya lo sé... ha sido con un alfiler... con un alfiler de (*Cortada y concertando sus ideas.*) oro de mi prendido que se rodó en mi lecho y me ha lastimado... Imprudente! lo habia olvidado... (*Ap.*) Y á quién hablábais delante de palacio antes de subir?

Gualtero. A un religioso que me ha entregado una carta de parte de un estrangero á quien vi ayer, y que como no conoce á nadie en Paris, teme que le suceda alguna desgracia en esta capital populosa, y me ha

mandado á decir que la abriese si dentro de dos dias no habia oido hablar de él; es un capitan que encontré ayer con mi hermano en la taberna de Orsini.

Margarita. Espero que me presentareis hoy á vuestro hermano, pues solo por serlo le quiero ya.

Gualtero. No hagais tal, Margarita, porque tendria celos de mi mismo hermano. Esta mañana participará del honor de presentarse en vuestra corte; es un jóven valiente y leal, y la mitad de mi vida... mi segunda alma!

Margarita. Y la primera?

Gualtero. La primera sois vos, ó por mejor decir, vos lo sois todo para mí, alma, vida, existencia; vivo y respiro solo por vos, y me atreveria á contar los latidos de vuestro corazon poniendo la mano sobre el mio! Ah! Margarita, amadme como yo os amo.

Margarita. Si, con este amor puro como la aureola de los santos, y eterno como su gloria; con este amor que se contenta con solo saber que me amais, y con tener el placer de escuchároslo decir.

Gualtero. Ah! pero á pesar de estos deliciosos instantes, de estos coloquios de un amor tan puro y acendrado, será preciso separarnos en breve, no es cierto?

Margarita. Si, muy en breve... Mañana llega el rey, y desaparecerá nuestra libertad. Ah! pero hablemos de otra cosa; se nota mucho esta cicatriz?

Gualtero. Muy poco.

Margarita. Quién causa tanto ruido en esta cámara de al lado?

Gualtero. (*Levantándose.*) Son los jóvenes, señora, de vuestra nobleza, que esperan que nuestra hermosa reina tenga á bien recibirlos en su real presencia.

Margarita. No quiero hacerlos esperar por mas tiempo, quizás sospecharian por quién los habia olvidado; no dudo que os veré entre ellos.

Gualtero. Ah! y cómo podia yo faltar. (*La coge respetuosamente la mano, y se la besa.*)

Margarita. Carlota! Carlota!

Carlota. (*Saliendo.*) Señora!

Margarita. Manda abrir los salones. Gualtero, la reina os saluda.

Gualtero. El cielo os guarde, mi reina y señora.

ESCENA II.

GUALTERO. PIERREFONDS. SAVOISY. RAUL. CORTESANOS. *Poco despues* MARIGNY.

Savoisy. Gualtero á lo que parece nos ha ganado por la mano en venir á saludar á la reina, y no dudo que podrá decirnos ya cómo está la Margarita de las Margaritas... la reina de Francia, Navarra y Borgoña.

Gualtero. No podré deciros tanto, señores, porque llego en este instante, y esperaba ver á mi hermano en vuestra noble compañia... Caballeros, el cielo os guarde; que noticias corren?

Pierrefonds. Nada de muy nuevo... El rey llega mañana, y hará su brillante entrada en la capital de su reino. El señor de Marigny tiene dadas sus órdenes para que el pueblo esté contento y grite vivas á su entrada: entre tanto hace temblar con sus maldiciones en las orillas del Sena.

Gualtero. Y por qué?

Savoisy. Porque acaban de arrojar otro ahogado á la orilla y el pueblo se va cansando de tan estraña pesca.

Pierrefonds. Esas maldiciones son otros tantos anatemas que recaen sobre ese perverso Marigny, encargado de la seguridad de la villa... A fé mia que podrian darse por bien empleadas todas esas muertes, con tal que lográsemos ahogar al primer ministro bajo el monton de los cadáveres.

Gualtero. (*Recorriendo la escena con inquietud.*) No hay duda que de algun tiempo á esta parte pasan cosas estraordinarias... Señores, ninguno de vosotros ha visto á mi hermano?...

Pierrefonds. Y si el rey no pone remedio, caballeros, perderá por agua la tercera parte de su poblacion, y lo que es mas, la parte mas rica é ilustre. No sé qué diantres de idea se les mete en la cabeza á nuestros hidalgos para acabar consigo con tal género de muerte, mas propia de villanos.

Savoisy. Pues, señores, creeis por ventura que los que salen muertos del Sena, entran en él vivos por su voluntad? No creais tal.

Pierrefonds. Entonces, á menos que los demonios, ó algun fuego fátuo no los lleve allí, no sé cómo...

Savoysi. El rio es mal confidente y no guarda por mucho tiempo los secretos que se le confian. Mas fácil es abrir una tumba en el agua que en la tierra; solo que el agua arroja, y la tierra guarda. Acordaos, caballeros, que desde el hôtel de San Pôl hasta el Louvre hay número crecido de casas que bañan sus piés en el agua, é infinidad de ventanas en esas casas.

Raoul. Teneis razon, señor Savoisy, y acordaos tambien que la Torre de Nesle va inclusa en ese número.

Savoisy. Sí, es cierto. Ayer noche pasé por debajo del Louvre, y divisé desde allí la Torre de Nesle resplandeciente de luces que reflejaban á través de sus góticos cristales; sin duda habia fiesta en la Torre. Qué quereis que os diga, caballeros, sin ser de los partidarios que tan estraños ruidos propagan sobre ella, no me gusta esa gran mole de piedra que por la noche parece el genio del mal, espiando á la ciudad, y que grandiosa é inmóvil en el rio, murmullando sordamente á sus piés, y arrojando luz por todas sus ventanas, me pareció ayer un respiradero del infierno. No quiere esto decir que yo dé crédito á lo que por Paris se cuenta sobre...

Gualtero. Señores, olvidais que estamos en una casa real?

Savoisy. Y además el rey llega mañana, y ya sabeis que no le gustan mas noticias que las que él mismo ocasiona. No es verdad, señor de Marigny?

Marigny. (*Saliendo.*) Antes es preciso que sepa de qué se trataba, caballeros, para que pueda responder.

Savoisy. Deciamos que el pueblo de Paris era un pueblo harto dichoso en tener á Luis X por rey, y al señor de Marigny por primer ministro.

Marigny. Y yo creo que ya habria dejado de gozar de la mitad de esa dicha, por lo menos, si no consistiese mas que en vos, señor de Savoisy.

Page. (*Anunciando.*) La reina, señores. (*Poco despues un Gitano.*)

Margarita. Dios os guarde, caballeros; ya sabeis que llega mañana el rey mi señor y dueño, y por lo

mismo si teneis que pedir alguna gracia á la regenta, daos prisa, porque no me queda mas que un dia de poder.

Savoisy. El cielo nos libre de darnos tal prisa; señora, siempre sereis nuestra reina por la sangre y la hermosura, y sereis regenta de Francia siempre que nuestro rey, que Dios conserve, tenga un corazon de hombre.

Margarita. Estais lisonjero esta mañana, conde. Buenos dias, señor Gualtero; debiais presentarme á vuestro hermano, si mal no me acuerdo.

Gualtero. Y estoy muy inquieto por su tardanza, señora. Esta malhadada ciudad de Paris está llena de gitanos y de miserables adivinos... No encojais los hombros, señor de Marigny, no es á vos á quien acuso, porque al paso que la ciudad se va engrandeciendo, va escapando de vuestro poder. Esta mañana misma han encontrado un poco mas abajo de la Torre de Nesle un cadáver.

Margarita. Uno! (*Aparte.*)

Gualtero. Y quién quereis que cometa esas muertes, sino gitanos ó hechiceros, que necesitan sangre humana para sus conjuros? Creeis acaso que podrian forzar á la naturaleza á que revele sus arcanos sin tan horrorosas profanaciones?

Margarita. Ha olvidado Gualtero que el señor de Marigny no cree en la nigromancia.

Savoisy. (*Desde una ventana.*) No cree! Pues tiene mas que echar la vista por esas calles? no se ven mas que nigrománticos y brujos; si no, que mire ese que está frente por frente de palacio, y que segun el ansia con que dirige hácia aquí sus ojos, parece que espera que le consulten.

Margarita. Llamadle, señor de Savoisy; seria de mi agrado que nos dijese lo que le habrá de suceder al señor de Marigny á la vuelta de mi esposo: os place, caballero?

Pierrefonds. Todo lo que nuestra reina mande.

Savoisy. (*Gritando desde la ventana.*) Sube aquí, gitano, y haz provision de buenas venturas, porque es nada menos que una reina la que quiere saber lo venidero.

Margarita. Vamos, caballeros, es necesario recibir dignamente á ese docto nigromántico.

Savoisy. No hay duda; pero su sabiduría, así como puede venirle de Dios, puede venirle del diablo, con que persignémonos por si acaso. (*Todos hacen la señal de la cruz, á escepcion de Marigny.*) Oiga! ya está aquí; si habrá pasado á través de las paredes? Gitano maldito, la reina te ha mandado subir para que digas al primer ministro...

Gitano. (*Sale por la puerta de la derecha.*) Déjame llegar adonde está él, si quieres que le hable. Enguerrando de Marigny, aquí me tienes.

Marigny. Escucha, hechicero, si quieres complacerme en algo, mas bien que vaticinarme una sola desgracia, anúnciame mil, y mas bien que una muerte, mil muertes, porque al paso que encontrarás á los demás confiados y alegres, me hallarás á mí cada vez mas tranquilo é incrédulo.

Gitano. No tengo mas que una desgracia y una muerte que anunciarte; pero es una gran desgracia, una caida próxima del puesto que ocupas, y una muerte terrible. Si tienes alguna cuenta que arreglar con Dios, dáte prisa, porque de su parte te señalo tres dias de vida tan solo.

Marigny. Gracias, Gitano; ninguno de los demás sabe siquiera si le restan tres horas; diríjete á otro... gracias.

Gitano. Qué quieres que te diga á ti, Gualtero d'Aulnay, á ti, que estás en la edad en que lo pasado es ayer, y el porvenir mañana.

Gualtero. Pues bien! habladme de lo presente.

Gitano. Jóven, preguntadme lo pasado, preguntadme el porvenir; pero lo presente, no! no!

Gualtero. Hechicero, respóndeme pronto. Qué es lo que pasa en mi en este instante?

Gitano. Aguardas á tu hermano, y tu hermano no viene.

Gualtero. Y dónde se halla, lo sabes tú?

Gitano. La plebe acude en tropel á la orilla del Sena.

Gualtero. Y qué!

Gitano. Se agolpa en torno de un cadáver, y al mirar su varonil belleza, esclama: infeliz jóven!

Gualtero. Pero dónde está mi hermano?

Gitano. Sal de aquí y corre á la playa.

Gualtero. Acaba.

Gitano. Y allí examina el brazo izquierdo de ese cadáver, hallado en el Sena, y tu voz gritará con los otros: infeliz! infeliz!

Gualtero. (*Precipitándose fuera del cuarto.*) Qué oigo! mi hermano!... hermano mio!!

Gitano. (*Volviéndose hácia la reina.*) Y vos, Margarita de Borgoña, no deseais saber nada? ó creeis que no tenga nada que deciros? Juzgais por ventura que el sino de una persona real es sobrehumano, y que los ojos de ningun mortal pueden adivinarle?

Margarita. Yo no quiero saber nada, entendeis? nada.

Gitano. Y sin embargo, vos sois la que me habeis hecho llamar; aquí me teneis, Margarita; preciso será que me oigais ahora.

Margarita. (*Sola sobre el trono.*) No os alejeis, señor de Marigny.

Gitano. Oh! Margarita! Margarita! con que vos sois la que á favor de noches muy oscuras, de citas en torres perfumadas y resplandecientes de luces; la que en vez de exhalar suspiros de amor, fulmina palabras de muerte!

Margarita. Quién ha llamado á este hombre? Quién le ha llamado? Qué me quiere?

Gitano. (*Poniendo un pié sobre la última grada del trono.*) No es verdad que segun vuestra cuenta falta un cadáver? No es verdad que creiais que encontrarian dos en vez de uno?

Margarita. (*Levantándose.*) Calla, calla, ó dime quién te presta ese poder sobrenatural para adivinarlo todo.

Gitano. (*Enseñándola la aguja de oro de Margarita.*) Aquí tienes mi talisman, Margarita. Ah! paréceme que involuntariamente levantas la mano hácia tu cara. Sí, ya sé que este alfiler lastimó tu rostro. Ella es. (*Ap.*) Señora, (*Alto.*) es preciso que me escucheis una palabra, y que nadie pueda oirla. Haceos atrás, señor de Marigny.

Marigny. Gitano, yo no tengo que recibir órdenes mas que de la reina.

Margarita. Retiraos, retiraos. (*Bajando del trono.*)

Gitano. Ya veis que lo sé todo, señora; que vuestro honor y vuestra vida están en mis manos. Margarita, esta noche despues de la oracion os espero en casa de Orsini. Necesito hablaros.

Margarita. Acaso puede salir á semejante hora una reina de Francia.

Gitano. La misma distancia hay desde aquí á la puerta de San Honorio, que desde aquí á la Torre de Nesle.

Margarita. Iré, iré.

Gitano. Y llevareis un pergamino y el sello real.

Margarita. Bien, pero hasta entonces...

Gitano. Hasta entonces, vais á entrar en vuestra cámara, cuya puerta estará cerrada para todos.

Margarita. Para todo el mundo.

Gitano. Y sobre todo para Gualtero d'Aulnay. Nobles señores, la reina os saluda, y pide á Dios que os haya en su santa guarda.—Señora, espero á que prohibais la entrada en vuestra cámara.

Margarita. Guardias, no dejeis paso á nadie.

Gitano. Margarita... hasta la noche en casa de Orsini.

Margarita. Hasta la noche. (*Entra en su cuarto.*)

(*El Gitano atraviesa por medio de los cortesanos, que se hacen á un lado, y le miran con terror.*)

Savoisy. Pero, señores, habeis visto cosa igual? Este hombre es Satanás.

Pierrefonds. Qué es lo que habrá dicho á la reina?

Savoisy. Señor de Marigny, vos que estábais cerca de Margarita, habeis oido algo de su prediccion?

Marigny. Pensais, caballeros, que no tengo bastante en qué pensar con lo que me ha dicho á mi?

Savoisy. Vaya! con que creeis ahora en los hechiceros?

Marigny. Ni mas ni menos que antes. Me ha vaticinanado el caer en desgracia, y hasta ahora soy primer ministro; me ha anunciado la muerte, y vive Dios, caballeros, que si alguno tiene ganas de cerciorarse de si estoy ó no vivo, no tiene mas que decirlo: mi hoja de Toledo se encargará de responder por el dueño.

Gualtero. Justicia! justicia! (*Sale fuera de sí.*)

Todos. Gualtero!

Gualtero. Era mi hermano, señores; mi hermano Felipe, mi único amigo, mi único pariente. Mi hermano asesinado! ahogado y tendido en la arena. Maldecido asesino! quiero que me le entreguen, y que me hagan justicia para despedazarlo con mis manos y hollarle con mis piés. Dónde está? dónde está su asesino? Savoisy, le conoces tú?

Savoisy. Pero te has vuelto loco?

Gualtero. No, no estoy loco, sino desesperado. Ah! al que me le nombrare, le daria mi grado, mi riqueza, mi sangre toda. Señor de Marigny, temblad: vos sois el que respondereis de esta muerte, sois la primera autoridad de París, y ni una sola gota de sangre debe derramarse por un asesinato, que no recaiga sobre vuestra conciencia.—Dónde está la reina? Quiero ver á Margarita, á la reina. Ella me hará justicia. Justicia, justicia para mi hermano! (*Se arroja hácia la puerta del foro.*)

Savoisy. Gualtero, amigo mio...

Gualtero. Yo no tengo amigos: tenia un hermano, y pido á mi hermano vivo, ó á su asesino muerto. Margarita! Margarita! (*Moviendo la puerta.*) Soy yo, abrid.

Capitan. No se pasa.

Gualtero. Quién! Yo! yo paso, dejadme... Margarita, mi hermano! (*Los guardias le cogen por medio del cuerpo, y le traen. Saca la espada.*) Quiero verla, lo oís? quiero verla. (*Los guardias le desarman.*) Ah!... ah!... Maldicion! (*Cae luchando con los guardias.*) Venganza! hermano! hermano mio!!!

CUADRO CUARTO.

Taberna de Orsini: la misma decoracion del primer cuadro.

ESCENA III.

ORSINI, *solo. Despues* MARGARITA.

Orsini. Esta noche, segun parece, no hay nada que

hacer en la Torre de Nesle; tanto mejor, porque esta sangre ha de caer tarde ó temprano sobre la cabeza de alguno, y... desgraciado de aquel á quien Dios elija para espiar tantos crimenes! (*Llaman.*) Eh?... habré hablado tal vez mas de lo regular? (*Llaman otra vez.*) Quién es?

Margarita. Abre, soy yo.

Orsini. La reina! sola á esta hora?

Margarita. Si, sola á esta hora: es muy estraño, no es verdad? esto proviene de que mi situacion es tambien muy singular. Escucha, no han llamado?

Orsini. No.

Margarita. Es preciso que me cedas esta pieza por media hora.

Orsini. Podeis disponer de la casa y del dueño. (*Llaman.*)

Margarita. Han llamado.

Orsini. Quereis que abra?

Margarita. No, eso me toca á mi: déjame sola.

Orsini. Si me necesitais para algo, á la primera señal me tendreis aquí.

Margarita. Lo único que deseo es que no oigais nada de cuanto aqui se hable.

Orsini. Seré sordo y mudo. (*Vase. Vuelven á llamar.*)

Margarita. Sois vos?

Buridan. Si, yo soy.

ESCENA IV.

MARGARITA. BURIDAN.

Margarita. Qué veo! no es el gitano!

Buridan. No: es el capitan... pero suponiendo que el capitan y el gitano son uno mismo, es igual que sea el uno ú el otro. Es verdad? He preferido este trage, porque en caso de necesidad podrá valer á su dueño mas que el vestido que llevaba esta mañana. A estas horas están las calles malísimas, y he creido deber tomar esta precaucion.

Margarita. Ya veis como he cumplido mi promesa.

Buridan. Y habeis hecho perfectamente.

Margarita. No negareis á lo menos que este es un acto de complacencia por mi parte.

Buridan. Que hayais venido por complacencia ó por temor, yo estaba seguro de encontraros aquí, que para mí es lo esencial.

Margarita. No sois gitano?

Buridan. No, por la gracia de Dios: soy cristiano... ó mas bien lo era; pero ya hace mucho tiempo que no tengo fé ni esperanza... Hablemos de otra cosa.

Margarita. Advertid que yo estoy acostumbrada á que se me hable en pié y descubierto.

Buridan. Margarita, te hablaré en pié y descubierto porque eres mujer, mas no porque eres reina. Mira en derredor tuyo. Hay algun objeto que pueda recordarte el rango á que te glorias pertenecer? Esas paredes negras y ahumadas se parecen en algo á las paredes de un gabinete de Margarita de Borgoña? Pertenecen á la reina de Francia esas mesas mugrientas y esas sillas casi rotas? Dónde están tus guardias? Dónde está tu trono? Aquí no hay mas que un hombre y una mujer, y pues el hombre está tranquilo y la mujer tiembla, el hombre es el rey.

Margarita. Y quién eres tú para hablarme de ese modo? Qué te hace pensar que yo estoy en tu poder? Quién te ha dicho que yo tiemblo?

Buridan. Quién soy yo? en este momento soy el capitan Buridan... tal vez tengo otro nombre que te seria mas conocido; pero es inútil por ahora que lo sepas. Sabes lo que me hace pensar que estás temblando en este momento? que por tu cuenta, lo mismo que por la mia, te falta un cadáver, pues que anoche no arrojó el Sena, ni pudo arrojar mas que uno.

Margarita. Y el otro?

Buridan. El otro, Margarita, el otro existe; es Buridan, el capitan, el que está delante de tí.

Margarita. Es imposible.

Buridan. Imposible! quieres que te cuente lo que pasó anoche en la Torre de Nesle?

Margarita. No, no.

Buridan. Habia en ella varias señoras... todas de la corte de Margarita de Borgoña... una entre ellas tenia una máscara negra... era Margarita de Bor-

goña; tambien habia dos hombres... el capitan Buridan y Felipe d'Aulnay. Quieres que te diga para qué fueron llamados allí estos dos hombres? yo te lo diré... fué para sorprender un secreto que existe todavía en mi corazon, y que tuve la imprudencia de indicar en la taberna de Orsini... no pudiendo arrancármelo, decretó Margarita la muerte de los dos, y en el momento fué asesinado por tus satélites el desgraciado Felipe d'Aulnay!

Margarita. Felipe de Aulnay!

Buridan. Sí, el hermano de Gualtero... fué el mismo que quiso que te quitases la máscara, y el que señaló con un alfiler de oro tu rostro... todavía conservas la cicatriz.

Margarita. Bien... y Felipe ha muerto, y tú solo posees este secreto.

Buridan. Yo solo.

Margarita. Y tú te has dicho á tí mismo... contando lo que ha sucedido en la Torre de Nesle, puedo perder á la reina; la reina ama á Gualtero d'Aulnay... pues bien, yo diré á Gultero «*La reina ha hecho asesinar á tu hermano.*» Buridan, no me parece que están muy bien tomadas tus medidas... insensato! por una parte nadie te creerá, y por otra ninguno sino yo sabe tu secreto... no conoces que me sería muy fácil hacer una señal y mandarte hacer compañia á Felipe d'Aulnay?

Buridan. Hazlo... y mañana... mañana á las diez abrirá Gualtero un libro de memorias que un religioso le ha entregado hoy mismo; el hermano de Felipe ha jurado por su honor y sobre la cruz de su espada abrirlo mañana, si á las diez no se habia visto con él cierto capitan á quien conoció en la taberna de Orsini... ese capitan soy yo... si quieres, hazme asesinar, pero... Margarita! mañana á las diez abrirá Gualtero...

Margarita. Y esperas que dé mas crédito á tu carta que á tus palabras?

Buridan. No, Margarita, no... pero lo dará á las últimas palabras de su hermano, escritas con la sangre de su hermano... dará crédito á estas palabras: *Yo muero asesinado por Margarita de Borgoña.* Crees

todavía que puede dudar un momento?... respóndeme... piensas todavía en hacer morir al capitan Buridan para deshacerte de él?... haz atravesar mi corazon con veinte puñales, no me arrancarás mi secreto: hazme arrojar al Sena... mi secreto sobrenadará en el Sena, y mañana á las diez Gualtero, mi vengador, vendrá á pedirte cuenta de la sangre de su hermano y de la mia... qué dices? ya ves que mis medidas estaban bien tomadas.

Margarita. De ese modo... si es asi...

Buridan. No teneis que dudarlo.

Margarita. Bien... y qué quieres de mí? ambicionas riquezas? yo pondré á tu disposicion todo el tesoro del Estado. Deseas la muerte de algun enemigo tuyo? Aquí tienes el sello y el pergamino que pediste te trajese. Quieres que te colme de empleos y de honores? yo puedo darte en mi reino cuantos tú desees. Habla, qué es lo que quieres?

Buridan. Todo eso quiero. Escúchame, Margarita: como te he dicho antes, aquí no hay rey ni reina, sino un hombre y una mujer que van á hacer un contrato, y... desgraciado el que se atreva de los dos á romperlo sin haberse antes asegurado del silencio y de la muerte del otro. Margarita, quiero fabricar un palacio.

Margarita. Tendrás todo el oro que necesites, aunque para ello tenga que fundir el cetro y la corona.

Buridan. Además quiero ser primer ministro.

Margarita. Esa plaza la ocupa actualmente Enguerrand de Marigny.

Buridan. Yo quiero su título y su puesto.

Margarita. Sabes que no puedes obtenerle sin su muerte?

Buridau. Yo quiero su título y su puesto.

Margarita. Los tendrás.

Buridan. Y yo te conservaré á tu amante y guardaré tu secreto... Está bien. (*Se levanta.*) Desde hoy será la Francia de los dos únicamente: nosotros seremos sus verdaderos reyes y nadie mas... y yo guardaré tu secreto... Aceptas, Margarita?

Margarita. Acepto.

Buridan. Mañana á esta hora quiero ser ya primer ministro.

Margarita. Lo serás.

Buridan. Y mañana á las diez recogeré á Gualtero d'Aulnay la carta de su hermano: despues iré á la corte.

Margarita. Serás bien recibido.

Buridan. (*Tomando un pergamino y presentándola la pluma.*) La órden de prender á Marigny.

Margarita. Ya está. (*Firmando.*)

Buridan. Está bien; adios, Margarita, hasta mañana.

ESCENA V.

MARGARITA, *sola.*

Hasta mañana... oh! si yo te tengo algun dia entre mis manos como tú me has tenido esta noche entre las tuyas! Si esa carta fatal!... Miserable!... amenazarme á mí, á la hija de un duque, á la esposa de un rey, á la regenta de Francia! Ah!... esa carta... esa carta... Daria la mitad de mi sangre al que me la entregára. Si yo pudiese ver á Gualtero antes de las diez... si pudiese arrancarle... Gualtero, que no me hablará sino de su hermano, que vendrá á pedirme la cabeza del matador de su hermano! Pero él me ama mas que á sí mismo, y si teme perderme, lo olvidará todo. Es preciso que yo le vea esta noche... pero, dónde podré encontrarle? No me atrevo á confiarme tanto á ese italiano... sabe ya tantos secretos mios. Me parece que anda alguno en la puerta: Buridan no la ha cerrado... quién será? un hombre... Orsini.

ESCENA VI.

MARGARITA. GUALTERO.

Gualtero. Margarita, sois vos?

Margarita. Gualtero! el cielo me le envia.

Gualtero. Te he estado buscando por todas partes para pedirte justicia, Margarita... venia á buscar á Orsini para que me dijese dónde podria encontrarte... porque necesito que me hagas justicia.

Margarita. Y yo tambien he venido á casa de Orsini

para enviarte á llamar, porque queria antes de separarnos para siempre, darte el último adios.

Gualtero. El último adios! perdonad, lo he comprendido mal, quizá porque... me ocupa una sola idea... una idea que me persigue y me ofusca... en todas partes no veo mas que á mi hermano anegado en el Sena, y el corazon traspasado á puñaladas. Dónde está el asesino, Margarita? necesito su sangre.

Margarita. Ya he dado mis órdenes para que le busquen; tu hermano será vengado, Gualtero, te lo juro; pero... el rey llega mañana á Paris, y es preciso separarnos.

Gualtero. Separarnos! qué dices?... será verdad!... Sí... sí... nos separaremos, pero cuando hayais vengado á mi hermano.

Margarita. Ah! por qué en el corazon de Gualtero, que antes era todo de Margarita, domina al amor otra pasion, otro sentimiento? Ayer este corazon era todo mio... (*Poniendo la mano sobre el pecho de Gualtero.*) (Aquí está.)

Gualtero. Ahora no respira sino venganza: cuando la hayas satisfecho volverá á ser tuyo.

Margarita. Qué tienes aquí?

Gualtero. Un libro de memorias.

Margarita. Sí, un libro de memorias que un monge te entregó esta mañana; ah! tú eres sin duda el venturoso depositario de los pensamientos de alguna dama de mi corte.

Gualtero. Margarita! os burlais de mí? no... este libro me lo ha enviado un capitan á quien apenas conozco, cuyo nombre ignoro, y que estaba ayer aquí... aquí, con mi pobre hermano.

Margarita. No, Gualtero, tú me engañas... pero qué me importa? ya vamos á separarnos para siempre... Adios, Gualtero, adios.

Gualtero. Qué haces, Margarita? tú quieres hacerme perder la razon; vengo desesperado á pedirte mi hermano, y me hablas de separacion... separarnos, separarnos... y por qué?

Margarita. El rey ha concebido ya sospechas; no quiero que te encuentre aquí... por lo demás... tú llevas sobre tu pecho ese libro de memorias... eso te consolará.

Gualtero. Crees efectivamente que sean de alguna dama?

Margarita. Estoy segura de ello; si no fuera así, ya me las hubiérais mostrado para satisfacerme.

Gualtero. Puedo hacerlo por ventura? no, imposible: he jurado por mi honor no abrirlas hasta mañana á las diez, ó devolvérselas á su dueño si me las reclama. Esto es todo lo que puedo esplicarte de este misterio que yo mismo no comprendo: he jurado por mi honor que no saldrian nunca de mis manos.

Margarita. Y yo no he jurado nada... es verdad? Yo no he quebrantado por tí ningun juramento... es verdad? Ah! tú olvidas que yo he sido por tu causa perjura, porque nuestro amor es criminal á los ojos del cielo y de los hombres, aunque sea puro en el fondo de mi corazon. Pero... acabemos, Gultero, ya no puede dilatarse mucho nuestra conferencia: guarda tu palabra, yo guardaré mis celos... Adios!

Gualtero. Margarita, en nombre de Dios!...

Margarita. El honor! el honor de un hombre!... Y el honor de una mujer no es nada? Consérvalo, consérvalo puro... pero yo... una palabra, una mirada tuya, me ha hecho olvidar un juramento que hice delante de Dios, y todavía estoy dispuesta á olvidarle, y si tú me suplicares, yo olvidaria por tí el mundo entero.

Gualtero. Y quieres sin embargo que parta? quieres que nos separemos?

Margarita. Sí, si... lo he prometido al cielo; pero á pesar de eso, si tú lo exigieses, si yo estuviese cierta de que no es una mujer la que te ha entregado ese libro, desafiaria por tí la cólera del cielo como he afrontado la de los hombres, porque, piensas tú que en la corte se creerá ninguno en la pureza de nuestro amor? Todos ellos me creen culpable; no lo soy sin embargo; pero aunque esta separacion es necesaria á mi tranquilidad, si tú me suplicases, como te suplico en este momento, te diria: quédate, mi querido Gualtero, quédate á mi lado: arrúinese mi tranquilidad, mi poder, pero no te apartes nunca de mi.

Gualtero. Harias tú todo eso por mi?

Margarita. Sí... pero soy una mujer!... en mí el honor no es nada, yo puedo ser impunemente perjura, y

nada importa que yo padezca, con tal que un caballero no falte á su palabra : no importa que yo muera de celos, siempre que tú guardes fielmente tu juramento.

Gualtero. Pero si llegára á saberse...

Margarita. Quién ha de saberlo?... este secreto quedará entre los dos.

Gualtero. Si me prometes devolvérmelo antes de las diez de la mañana...

Margarita. Al momento, en este instante mismo.

Gualtero. Perdóname, Dios mio! pero este es un ángel ó un espíritu infernal que me hace olvidar de mi hermano, de mis juramentos, de mi honor.

Margarita. Ya lo tengo en mi poder. (*Entra en la habitacion inmediata.*)

Gualtero. Margarita, Margarita!... Ah! perdon, perdon, hermano mio! he venido yo aquí para hablar de amor?... he venido por ventura á satisfacer los temores frívolos de una mujer? No ; he venido á pedir venganza para mi hermano... sombra querida, perdon.

Margarita. (*Entrando.*) Tienes razon: no hay nada en este libro... nada que pueda alarmarme. Mi Gualtero no miente cuando dice que me ama, que no ama á nadie sino á mí: y yo tambien te amo; fiel á mi promesa, no nos separaremos jamás; poco me importan las sospechas del rey; yo las soportaré con placer por agradar á mi Gualtero.

Gualtero. Bien... pero Margarita, pensemos en mi hermano.

Margarita. Sí, amigo mio; ya he mandado que se hagan pesquisas, y se sospecha...

Gualtero. Que se sospecha... de quién?

Margarita. De un capitan estrangero que ha llegado hace pocos dias á Paris, y que debe presentarse mañana por primera vez en la corte.

Gualtero. Su nombre?

Margarita. Buridan, si mal no me acuerdo.

Gualtero. Buridan! y habreis dado ya la órden de prenderle, es verdad?

Margarita. Aun no : acabo de saberlo hace pocos instantes.

Gualtero. La órden, la órden! dadme el placer de que le prenda yo mismo. Oh! nadie sino yo prenderá al matador de mi hermano!

Margarita. Le prenderás tú?

Gualtero. Sí, aunque estuviese orando á los piés del altar.

Margarita. (*Llega á la mesa y firma un pergamino.*) Esta es la órden.

Gualtero. Gracias, gracias, Margarita.

Margarita. Oh! Buridan, ahora tengo yo tu vida entre mis manos.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

CUADRO QUINTO.

ENGUERRAND DE MARIGNY.

Una cueva del Chatelet de París.

ESCENA PRIMERA.

BURIDAN, *solo, atado y tendido en tierra.*

Uno de los hombres que me bajaron aquí me apretó la mano; pero dado caso que yo no me haya engañado, qué es lo que podrá hacer por mí... proporcionarme agua algo mas fresca, pan algo menos duro y un sacerdote á la hora de mi muerte... Llevo contados los doscientos veinte escalones que hemos bajado y las doce puertas que han abierto... Vamos, Buridan, vamos; piensa un poco en disponer tu conciencia; tienes una muy luenga y embrollada cuenta que ajustar con el diablo... Cuán insensato he sido! Ah! sí, una y mil veces loco; yo que sabia lo que eran los hombres y su honor frágil como el cristal, que se deshace como la nieve cuando pasa por cima de él el apasionado hálito de una mujer. Y he ido á confiar mi vida en manos de un jóven enamorado ciegamente de Margarita... Loco, mal dije... necio de mí... Qué contenta estará ella en este momento!... Cómo se burlará de mí!... mientras yo me revuelvo sobre las losas de este calabozo!... Lo que debí haber hecho... Quizás (*Sonriendo á una idea que le viene.*) tiene remedio aun... Sí, es posible... Es una estrella que sirve de guia al viajante perdido en una noche oscura... Margarita no me dejará morir sin verme antes, aun-

que no fuera mas que para insultarme hasta en los brazos de la muerte... Sin duda no he hablado en vano, porque abren esa puerta y tal vez sea ella.

ESCENA II.

LANDRY. BURIDAN.

Landry. Capitan, donde estais?
Buridan. Aquí,
Landry. Soy yo.
Buridan. Y quién es yo? No veo nada.
Landry. No siempre se necesita ver á sus amigos para reconocerlos.
Buridan. Esta es la voz de Landry.
Landry. A Dios gracias.
Buridan. Puedes darme libertad?
Landry. Cosa es esa imposible.
Buridan. Y qué demonios vienes á hacer aquí entonces?
Landry. A deciros que soy mozo de la cárcel desde ayer.
Buridan. Oyes: parece que tú acumulas empleos; por el dia carcelero del Castillejo, y por la noche asesino de la Torre de Nesle!... Margarita de Borgoña no dejará de darte ocupacion en esos destinos?
Landry. Así, así, no falta.
Buridan. Y no puedes hacer nada por mí, ni aun mandar á buscar el confesor que yo te designare?
Landry. No; pero lo que puedo hacer es oir vuestra confesion, repetírsela á un confesor palabra por palabra, y si hubiere alguna penitencia que cumplir, á fé de soldado la cumpliré por vos.
Buridan. Imbécil! No puedes darme nada con que escribir?
Landry. Imposible.
Buridan. Pues regístrame este bolsillo y sacarás de él una bolsa con oro.
Landry. Si puedo, capitan.
Buridan. Pues tómala... del otro.
Landry. Está hecho.
Buridan. Cuántas libras ganas al año?
Landry. Seis libras.

Buridan. Cuenta lo que hay en esta bolsa; mientras reflexiono!... (*Pausa de un momento.*) Has contado?

Landry. Habeis reflexionado?

Buridan. Sí; cuánto hay?

Landry. Tres marcos de oro.

Buridan. Ciento sesenta y cinco libras tornesas; escucha, sería preciso que pasaras veinte y ocho años de tu vida aquí en una cárcel para ganar esa cantidad. Júrame sobre la salvacion de tu alma de hacer lo que voy á encargarte, y esa cantidad es tuya: es todo lo que yo poseo. Si tuviera mas, mas te daria.

Landry. Pero y vos?

Buridan. Si me ahorcan, lo que es probable, el verdugo tomará á su cargo los gastos de entierro, y ya no tengo necesidad de ningun dinero; si salgo libre, lo que tambien puede ser, tú tendrás cuatro veces esa cantidad y yo mil.

Landry. Decid lo que hay que hacer, capitan.

Buridan. Una cosa sencillísima. Tú eres dueño de salir del Castillejo; y una vez fuera, no volver á parecer por él.

Landry. Y no deseo otra cosa tampoco.

Buridan. Irás á hospedarte en casa de Pedro Burges, el tabernero que vive detrás de los Inocentes, que era donde yo me hospedaba. Pedirás el cuarto del capitan y no otro alguno. Oye, cuando te hallares en el cuarto, te encerrarás en él; contarás las losas del suelo principiando desde el rincon donde hay un Crucifijo... (*Landry se santigua.*) Escucha con atencion. En la setima verás una cruz, levantarás la losa con la punta del puñal, y debajo de una capa de arena, encontrarás una cajita de hierro, cuya llave está en esa bolsa. Si quieres puedes abrirla para cerciorarte de que no hay dinero, sino papeles. Si mañana á la hora de la entrada del rey en París no me volvieres á ver sano y salvo, si no te he pedido otra vez la llave y la cajita, pondrás ambas en manos de Luis X, rey de Francia, y me vengarás si hubiere muerto. Ahí tienes lo que deseo: moriré con la conciencia tranquila, y te lo deberé á ti.

Landry. Pero yo no corro ningun riesgo?

Buridan. Ninguno.
Landry. Entonces podeis contar conmigo.
Buridan. Me prometes hacer lo que te he dicho sobre la salvacion de tu alma?
Landry. Os lo juro por la corta porcion que espero en el Paraiso.
Buridan. Pues de ese modo Dios te guarde, Landry. Sé hombre de bien si puedes.
Landry. Haré lo posible, capitan: aunque me parece algo difícil. (*Vase.*)

ESCENA III.

BURIDAN, *solo.*

Ea! Vengan ahora verdugo y cadalso, que la venganza vendrá tambien á colocarse al pié del suplicio. Venganza! palabra sublime y dulce cuando la pronuncia una boca que respira aun el aura de la vida; palabra sonora y hueca cuando se pronuncia sobre un sepulcro que por alto que suene no despierta ya el cadáver que descansa en la tumba.

ESCENA IV.

BURIDAN. MARGARITA. ORSINI.

(*Margarita entra por una puerta oculta con una lámpara en la mano.*)

Margarita. Está atado de modo que puedo acercarme á él sin temor? (*A Orsini.*)
Orsini. Si, señora.
Margarita. Bien. Aguárdame ahí, Orsini, y al menor grito acudid. (*Vase Orsini.*)
Buridan. Luz! Alguien viene hácia aqui.
Margarita. Si, alguien. (*Acercándose.*) No esperabas volver á ver á alguna persona antes de morir?
Buridan. (*Sonriendo.*) Si que esperaba, pero no tan pronto. Margarita, decia yo, no consentirá que muera sin gozar de su triunfo, sin que yo sepa hasta la evidencia que es ella la que me mata... Mujer insa-

ciable de venganza!... Sí, Margarita! sí, tienes razon... te esperaba.

Margarita. Pero me esperabas sin esperanza, no es verdad? porque ya me conocerás bastante para saber que despues de haberme reducido á temerte, despues de haberme humillado hasta bajarme á tí, no hay temor ni súplicas que ablanden mi corazon. Oh! sin duda que habias tomado bien tus medidas, Buridan; pero habias olvidado que cuando un amor frenético se apodera del corazon del hombre, sofoca en él todos los demás sentimientos, y domina en él despóticamente á espensas del honor, de la palabra, y fuiste á confiar en el honor y en la palabra de un hombre enamorado de Margarita, la única prueba que poseias contra ella; mírala, aquí tienes esa preciosa página de tus *memorias*, mírala. «*Mucro asesinado por Margarita.*» *Felipe d'Aulnay:* Postrimer adios de un hermano á su hermano, y que el hermano mismo me ha entregado. Aquí la tienes; mira, mira... (*Cogiendo la lámpara.*) Quiero destruir tu última esperanza en esta llama. Soy libre ahora, Buridan!...

Buridan. Y qué harás de mí?

Margarita. Te olvidas que has sido arrestado como asesino de Felipe d'Aulnay. Qué se hace con los asesinos?

Buridan. Y qué tribunal me juzgará antes de oirme?

Margarita. Tribunal! creo que has perdido el juicio; pues piensas que hombres que poseen tan grandes secretos se juzgan? Hay venenos que hacen saltar hasta el vaso que los contiene, y tu secreto es uno de esos venenos. Buridan, cuando llega el caso de apoderarse de un hombre como tú, se le ata de piés y manos como tú lo estás, y se le sepulta en un calabozo parecido á este. Por no perder su alma y su cuerpo á la vez, se manda que entren en su prision á eso de media noche un sacerdote y un verdugo; el sacerdote empieza: en el calabozo hay por lo regular una argolla de hierro, como esta, y los muros son tan macizos y tan altos como estos, de suerte que apagan los lamentos, ahogan los gemidos y absorben la agonía. El sacerdote sale el primero, y despues el verdugo. Al dia siguiente el carcelero

aterrado dice que el reo se ha ahogado con sus propias manos que imprudentemente le dejaron libres, prueba que era culpable.

Buridan. Veo que usamos de la misma franqueza, Margarita; yo te dije mis proyectos, ahora tú me dices los tuyos.

Margarita. Sí, búrlate, ó por mejor decir, esfuérzate para tomar ese aire burlon: quisieras hacerme creer de nuevo que tienes algun medio para atormentarme; pero no, esa sonrisa infernal no me engañará; ya no puedes escapar de mis manos, no es verdad? Es imposible, estás bien atado, y estas paredes son muy densas y las puertas muy sólidas... No, no, ya no puedes escaparte, Buridan. Adios, tienes alguna cosa que decirme?

Buridan. Una tan sola.

Margarita. Habla.

Buridan. Concédeme diez minutos de atencion, puesto que en breve va á abrirse para mi la eternidad. Quiero contarte un recuerdo de mi juventud. Hará unos veinte años, en 1293, la Borgoña era feliz porque tenia por duque á Roberto. El duque Roberto tenia una hija jóven y hermosa, con el rostro de ángel y el alma de demonio: llamábanla Margarita de Borgoña: déjame acabar. El duque tania asimismo un page, tierno doncel, de alma sencilla y cándida, de color sonrosado y rubia guedeja: tenia por nombre Leoncio de Bournonwille. Ah! me parece que ya escuchas con mas atencion. El page y la jóven se amaron; quien los hubiera visto entonces y los viera á los dos ahora, sin duda no los reconoceria; y quizás si ellos mismos se encontrasen tampoco se conocerian.

Margarita. Dónde vendrá á parar?

Buridan. Oh! ya verás, es una historia estraordinaria. Como decia, el page y la jóven se amaron recatándose de todo el mundo; por las noches una escala de seda dejaba á su amante en los brazos de su amada. Un dia la hija del duque Roberto anunció llorando á Leoncio de Bournonwille que iba á ser madre.

Margarita. Gran Dios!

Buridan. Ayúdame á cambiar de sitio, Margarita, me

canso de esta postura. (*Margarita le ayuda, Buridan se sonrie.*) Gracias; adónde estábamos, Margarita?

Margarita. Cuando la hija del duque iba á ser madre.

Buridan. Ah! si, es verdad. Ocho dias despues aquel secreto cesó de serlo para el padre, y el duque previno á su hija de que al dia siguiente se abririan para ella las puertas de un convento, y como las del sepulcro, volverian á cerrarse para ella, hasta la eternidad; aquella noche se vieron los dos amantes. Qué horrible noche! Leoncio amaba á Margarita como Gualtero te ama á ti... Noche de llanto y de imprecaciones! Ah! y qué bien juraba la jóven ser lo que despues ha sido.

Margarita. Acaba, acaba.

Buridan. Margarita, estas cuerdas se me entran en las carnes y me cortan como un acero. (*Margarita corta las cuerdas con que Buridan tiene atados los brazos, el cual la mira sonriéndose.*) La jóven tenia un puñal en las manos como ahora tú, Margarita, y decia: Leoncio, Leoncio mio, si mi padre muriese de aquí á mañana se acabaria para mí el convento, no nos separaríamos nunca, y todo seria amor... No sé cómo fué que el puñal pasó de sus manos á las manos de Leoncio; un brazo le guió en la oscuridad de la noche, y levantando una colgadura, el jóven armado y fuera de sí, se encontró frente á frente del duque, que dormia profundamente. Sus facciones nobles y venerables no se borraron nunca de la imaginacion del asesino, porque el infame Leoncio le asesinó. Pero Margarita, la bella y encantadora Margarita, no entró en el convento y llegó á ser reina de Navarra y despues de Francia. A la mañana siguiente recibió el page, de manos de un hombre llamado Orsini, un bolsillo lleno de oro y una carta; Margarita le pedia que se marchase de su lado para siempre, y añadia que no podian volver á verse mas despues de su complicidad en tan horrible crimen.

Margarita. Imprudente!

Buridan. No es cierto que fué imprudente? porque aquella carta escrita de su letra y firmada por ella, detallaba el crímen, esplicando sus pormenores y la

complicidad de los dos. La reina Margarita no haria ahora lo que la jóven Margarita hizo entonces... Imprudente!... Dices bien.

Margarita. Pero en fin, Leoncio de Bournonwille desapareció, y nadie sabe lo que ha sido de él, ni volverá nunca. La carta ó la perdió ó la desgarró él, y no puede servir de prueba. Qué tiene que ver con esa historia Margarita, reina regenta de Francia.

Buridan. Nadie lo sabe mejor que tú, porque Leoncio no ha muerto, y tú no lo ignoras: te he visto estremecerte y reconocerle.

Margarita. Y la carta, la carta?

Buridan. Es el primer memorial que presentarán mañana al rey Luis X á su entrada en Paris.

Margarita. No. Eso lo dices para asustarme, eso no puede ser, te hubieras valido desde luego de ese medio.

Buridan. Pensaba hacerlo; pero tú me proporcionaste otro, y he guardado este para mejor ocasion: me negarás que hice bien?

Margarita. Pero la carta...

Buridan. Mañana te la volverá tu esposo: si no me engaño, me esplicaste el suplicio que aguarda á los asesinos. Y tú, Margarita, sabes cuál es el suplicio de las parricidas y de las adúlteras? escucha: las rapan el cabello con tijeras ardiendo, las abren el pecho para arrancarlas el corazon, quemándole despues y arrojando sus cenizas al viento, y por tres dias consecutivos llevan arrastra el cadáver por las calles.

Margarita. Oh!... Perdóname, perdóname.

Buridan. Vamos, el último esfuerzo, Margarita, desata estos cordeles... (*Tiende las manos hácia Margarita, que se las desata.*) Ah! qué dulce es respirar con libertad! que venga el verdugo ahora! Yo mismo le prestaré las cuerdas. Qué es esto? Qué es lo que te aflige? Mañana una voz gritará por la ciudad: Buridan, el asesino de Felipe d'Aulnay, se ha dado muerte en el calabozo. Y otra voz contestará desde el Louvre: Margarita de Borgoña ha sido sentenciada á la pena de las adúlteras y de las parricidas.

Margarita. Perdon, Buridan.

Buridan. Ya no soy Buridan, soy Leoncio de Bournon-

wille... el page de Margarita... el asesino del duque Roberto.

Margarita. No grites tan fuerte.

Buridan. Qué es lo que temes? Estos muros apagan los gritos, ahogan los gemidos, absorben la agonia.

Margarita. Qué quiéres? habla, dímelo.

Buridan. Tú entrarás mañana á la derecha del rey en la villa de París: quiero entrar á su izquierda y que salgamos juntos á recibirle.

Margarita. Saldremos.

Buridan. Bien está.

Margarita. Y la carta?

Buridan. Siendo yo primer ministro, yo he de ser el que la tome cuando se la presenten.

Margarita. Pero Marigny no ha muerto aun.

Buridan. Ayer me juraste en la taberna de Orsini que á la hora décima habria dado el último suspiro.

Margarita. Aun falta una hora, y hay tiempo de sobra para cumplir esa promesa... voy á dar la órden...

Buridan. Espera, y escucha mi última pregunta, Margarita. Qué se hicieron los hijos de Margarita de Borgoña y de Leoncio de Bournonwille?

Margarita. Se los confié á un hombre.

Buridan Que se llama?...

Margarita. No me acuerdo...

Buridan. Piénsalo, Margarita, y te acordarás...

Margarita. Orsini... segun creo.

Buridan. Orsini, Orsini! (*Llamando.*)

Margarita. Qué haces?

Buridan. No está ahí?

Margarita. No. (*Orsini sale.*)

Buridan. Mírale aquí; acércate, Orsini; mañana soy primer ministro... no lo crees? decidselo, señora, para que lo crea.

Margarita. Es verdad.

Buridan. Lo primero que dispondré al subir al poder es mandar dar tormento á un tal Orsini que vivió en la córte del duque Roberto II.

Orsini. Y por qué, monseñor, por qué?

Buridan. Para averiguar de qué modo ejecutó las órdenes que le confirió su soberana Margarita de Borgoña, relativas á dos niños.

Orsini. Perdonadme, señor, perdonadme por no haberlos dado muerte como me habian mandado.

Margarita. No, no fui yo la que dió esa órden...

Buridan. Calla, Margarita.

Orsini. No tuve valor para hacerlo; perdonadme, eran tan tiernos... lloraban tanto!

Buridan. Y qué hiciste de ellos, infeliz?

Orsini. Encargué á uno de los mozos que estaban á mis órdenes que fuese á esponerlos, y dije que ya estaban muertos.

Buridan. Y ese hombre?

Orsini. Es uno de los carceleros, llamado Landry; pero perdonadnos.

Buridan. Bien, Orsini, bien; esa accion sola compensa todos tus crímenes! veo que no tienes corazon de piedra! abrázame, Orsini, abrázame! Yo te daré mas oro que el que pesan esos dos niños. Oh! hijos mios, hijos mios... (*A Margarita.*) No os admireis, señora, hasta los tigres quieren á sus hijos...

Orsini. Teneis mas que mandarme, señor?

Buridan. Toma esa lámpara y alumbra... coged mi brazo, señora.

Margarita. Dónde vamos?

Buridan. Al encuentro del rey Luis X, que entra mañana en la ciudad de Paris.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

CUADRO SESTO.

BURIDAN.

El teatro representa una sala del Louvre: puerta en el fondo y dos laterales: otras dos puertas á la derecha y una á la izquierda, y al lado de esta una ventana.

ESCENA PRIMERA.

SAVOISY. PIERREFONDS. CABALLEROS. *Despues* SIR RAUL.

Savoisy. No vais á ver al rey, sir Pierrefonds?

Pierrefonds. No; pero si va la reina, no podré menos de acompañarla: y vos?

Savoisy. Yo; pienso esperarlo aquí: hay tanta gente por toda la carrera, que no se puede transitar por ella. Es cosa que no puedo soportar... en una palabra, no quiero confundirme con esa canalla.

Pierrefonds. Y por otra parte os habreis dicho á vos mismo... el verdadero rey de Francia, mas que Luis-el-Pendenciero, es Margarita de Borgoña; por lo tanto, vale mas hacer la córte á Margarita de Borgoña que á Luis-el-Pendenciero.

Savoisy. Puede ser que haya algo de eso... (*A Raul, que que entra.*) Buenos dias, sir Raul; qué noticias nos traeis?

Raul. Que el rey está ya cerca de palacio.

Savoisy. Ya no viene con él la reina?

Raul. La reina ha ido ya á recibirle, y viene á su derecha.

Dentro el pueblo. Viva el rey! viva el rey!

Raul. Escuchad... no oís los gritos del populacho?

Savoisy. Hemos cometido una falta imperdonable.

Raul. Pero lo que mas va á sorprenderos es... á que no adivinais quién venia á la izquierda del rey?

Savoisy. Pardiez! sería estraño que fuese otro que Gualtero d'Aulnay.

Raul. Nadie ha visto en el séquito á Gualtero.

Savoisy. No? es raro: si habrá tenido que hacer tal vez en la Torre de Nesle? Han aparecido nuevos cadáveres en las orillas del Sena?... Pero decidnos, quién venia á su izquierda?

Raul. Señores, á la izquierda del rey cabalgaba en un brioso alazan ese capitan italiano que fué preso ayer por Gualtero debajo del balcon del Louvre.

Savoisy. Es imposible!

Raul. Ya lo vereis.

Pierrefonds. Qué pensais de todo esto, Savoisy?

Savoisy. Que vivimos en un tiempo en que no se ven mas que rarezas. Ayer Marigny, primer ministro, hoy Marigny preso: ayer ese capitan italiano preso, y hoy tal vez será primer ministro.

Dentro el pueblo. Viva el rey!

Pierrefonds. Oid al pueblo, que se inquieta poco de la suerte de sus ministros, cómo victorea al rey.

ESCENA II.

DICHOS. MARGARITA. BURIDAN.

Margarita. Si, Leoncio de Bournonwille, despues pasareis á la cámara de S. M. El rey quiere tratar con vos de varios asuntos de Estado.

Savoisy. Leoncio de Bournonwille! Oh! no es como yo creia un aventurero cualquiera... este es un nombre de solar conocido.

Buridan. Acordaos de nuestro convenio, nuestro ha de ser el poder, nuestra ha de ser la Francia...

Margarita. Desde hoy ocuparás conmigo tu puesto en el consejo.

ESCENA III.

DICHOS. GUALTERO *por una puerta.* LANDRY *por otra.*

Buridan. Landry!

Margarita. Gualtero!

Buridan. Ya ves... (*Acercándose á Landry.*)

Landry. Aquí tienes ya.

Gualtero. Margarita!

Margarita. Ten prudencia: yo te amo y te amaré siempre.

Gualtero. Buridan! Buridan aquí!

Margarita. Calla, y retírate... luego te veré. (*Gualtero se retira á un lado; Margarita se va por la derecha.*)

Buridan. Y la caja?

Landry. Y los doce marcos de oro?

Buridan. Esta noche te los llevaré...

Landry. Dónde?...

Buridan. A mi antigua habitacion en la casa de Pedro de Burgés.

Landry. Esta noche os llevaré la caja.

Buridan. Tengo muchas cosas que preguntarte.

Landry. Os prometo responderos á todas.

ESCENA IV.

SAVOISY. PIERREFONDS. GUALTERO. SIR RAUL. CABALLEROS.

Savoisy. Qué es esto, señores?... Dormimos ó estamos despiertos?... Yo por mi parte me instalo aquí... (*Se sienta.*) Si duermo me despertarán, si no, me pondrán en la calle; pero yo quiero saber en qué paran estas cosas.

Pierrefonds. Preguntaremos á Gualtero: puede que sepa algo... Gualtero.

Gualtero. Dejadme, señores, yo no sé nada. Dejadme... os lo suplico,

Savoisy. La puerta de la cámara del rey se abre.

Un oficial que entra por la derecha. Sir Pierrefods.

Pierrefonds. Yo! voy.

Oficial. Una órden del rey. (*Se va por la derecha.*)

Pierrefonds. (*Despues de leer.*) Orden de conducir á Enguerrand de Marigny al patíbulo.

Savoisy. Bien... es una sentencia de muerte debajo de la cual ha puesto el rey su primera firma; esto promete: os doy la enhorabuena por la comision.

Pierrefonds. Yo hubiera deseado que fuese otra, pero debo obedecer, y voy á cumplirla. Adios, señores. (*Vase por el fondo.*)

Savoisy. A lo menos ya sabemos á punto fijo una cosa.

Raul. Cuál?

Savoisy. Que el primer ministro será ahorcado... el rey habia ofrecido hacer alguna cosa buena por su pueblo.

Oficial. El señor conde de Savoisy? (*Volviendo á entrar por la derecha.*)

Savoisy. Qué teneis que mandarme?

Oficial. Despachos del rey. (*Vase.*)

Raul. Ah! veamos.

Savoisy. Qué veo! El rey me nombra capitan de guardias; sabeis si hay alguna plaza vacante?

Raul. A no ser la de Gualtero...

Savoisy. Esto se va haciendo cada vez mas incomprensible.

Raul. Sin embargo, permitid que os felicitemos.

Savoisy. Gracias, señores, gracias. Me mandan que en el momento tome posesion de mi empleo, de consiguiente podeis quedaros aqui si gustais. Señores, al fin he conseguido lo que deseaba: el rey es un gran rey, y su primer ministro un grande hombre. (*Vase.*)

Oficial. Gualtero d'Aulnay?

Gualtero. Qué me quereis?

Oficial. Una cédula real.

Gualtero. Para mí?

Oficial. Caballeros, el rey nuestro señor no recibirá despues del consejo: de consiguiente os podeis retirar. (*Vase.*)

Gualtero. «Despacho real, concediendo al caballero d'Aulnay la comandancia del condado de Champaña.» A mí la comandancia de una provincia! «Con órden de dejar mañana á Paris, y marchar á Troyes.» Yo dejar á Paris!...

Raul. Os felicitamos de todo corazon... os hacen justicia: la reina no podia haber hecho una eleccion mas acertada.

Gualtero. Felicitad á Satanás. (*Hace pedazos la cédula.*) No, no partiré... No ha dicho el rey que os podeis retirar?

Raul. Y vos?

Gualtero. Yo me quedo.

Raul. Si no nos vemos antes de vuestra partida, señor Gualtero, os deseo un feliz viaje. (*Vanse todos los caballeros.*)

Gualtero. Dios os guarde. Partir! partir! dejar á París!... Y es esto lo que se me habia ofrecido?... Yo no sé dónde estoy; yo no sé lo que me pasa.

ESCENA V.

GUALTERO. MARGARITA.

Margarita. Gualtero?

Gualtero. Ah! sois vos, señora?

Margarita. Silencio!

Gualtero. No, demasiado tiempo he callado, y ya es preciso que os hable, sí, aunque me deba costar cada palabra un año de mi vida. Vos os burlais de mi Margarita, dándome esperanzas que no quereis realizar, soy yo juguete de vuestros caprichos, os burlais de mi como de un niño... Ayer me jurásteis que nunca me separaria de vuestro lado, y hoy... hoy me mandan salir de Paris para... qué se yo qué condado.

Margarita. Habeis recibido la órden del rey?

Gualtero. Si, esa es. (*Señalando los pedazos.*)

Margarita. Moderaos.

Gualtero. Y vos habeis podido aprobarlo?

Margarita. Me he visto obligada á hacerlo.

Gualtero. Obligada! y quién puede obligar á la reina!...

Margarita. Un demonio que tiene bastante poder para hacerlo.

Gualtero. Pero quién es? decídmelo.

Margarita. Tratad de obedecerme, y tal vez de aquí á mañana podré esplicaros este misterio.

Gualtero. Y quieres que me retire con esa sola confianza?

Margarita. Tú no partirás, pero es preciso que te retires de aquí...

Gualtero. Sí, me voy, pero volveré: es preciso que me espliqueis el motivo de semejante conducta.

Margarita. Sí, si... volverás; pero viene alguno... vete, vete!

Gualtero. No olvides tu promesa: adios. (*Vase.*)

Margarita. Ya era tiempo.

ESCENA VI.

MARGARITA. BURIDAN.

Buridan. Perdóname, Margarita, si he venido á interrumpir tu despedida.
Margarita. Te has equivocado, Buridan...
Buridan. No es Gualtero el que se aleja por allí?
Margarita. Si, pero has oido mal, no era despedida.
Buridan. Bien pudiera ser.
Margarita. No, porque Gualtero no saldrá de Paris.
Buridan. El rey lo ha mandado asi.
Margarita. Pues yo me opongo al cumplimiento de esa órden.
Buridan. Margarita, has olvidado nuestro convenio?
Margarita. Te prometí hacerte mi primer ministro, lo he cumplido; tú me ofreciste dejarme á Gualtero, y ahora quieres separarle de mi lado.
Buridan. Tambien estipulamos que la Francia seria nuestra... de los dos... pero no de los tres; ese jóven tendria tambien parte en el poder y en nuestros secretos, y esto es imposible.
Margarita. Sin embargo ha de ser asi.
Buridan. Has olvidado que estás aun en mi poder?
Margarita. Ayer te temia... temia á Buridan preso; pero hoy eres ya primer ministro, eres Leoncio de Bournonwille.
Buridan. Qué quieres decirme?
Margarita. Tú no puedes perderme sin perderte á ti mismo.
Buridan. Crees que me hubiera detenido ayer esa consideracion?
Margarita. No, pero te detendrá hoy. Ayer tenias esperanzas de ganar mucho, y nada que perder sino la vida. Hoy con la vida, perderias honor, fortuna, poder... y serías tan insensato que te precipitases desde tu altura por solo el placer de arrebatarme hácia el abismo en tu caida? Buridan, nosotros hemos llegado á la cima de una montaña escarpada y resbaladiza; créeme... mas vale sostenernos mútuamente que amenazarnos de este modo.
Buridan. Tanto quieres á Gualtero?

Margarita. Mas que á mi vida.

Buridan. Amor en el corazon de Margarita! Yo habia creido que se podia esprimir y torcer sin que derramase un sentimiento humano: ah! eso es mas de lo que yo esperaba de tí. Tú y yo no somos dueños de nuestra voluntad, mientras esta no esté acompañada de un poder invencible que arrolle cuanto se le ponga delante, sin costar una sola lágrima á nuestros ojos, ni un tormento á nuestro corazon. Nosotros hemos llegado á ser cosas que gobiernan y no criaturas que se enternecen. Ah! desgraciada de tí, Margarita!... yo creia que eras un demonio, y veo que eres un ángel estraviado.

Margarita. Bien, si no es amor el que me abrasa el alma, inventa un nombre que dar á mi flaqueza; pero que no se vaya, yo te lo suplico.

Buridan. (Serian dos contra mí, y esto es demasiado.)

Margarita. Qué dices?

Buridan. (Soy perdido si no los pierdo.) Que no parta Gualtero?

Margarita. Sí, te lo suplico.

Buridan. Y si yo estuviese celoso de él... yo...

Margarita. Celoso! tú?

Buridan. Si el recuerdo de mis amores pasados me hiciese insoportable la idea de que ese hombre es amado por tí; si lo que tú has creido ambicion y aborrecimiento no fuese sino un amor mal apagado; si yo te dijese que mi deseo por elevarme al poder no tenia otro objeto que estar cerca de tí; en una palabra, si yo te devolviese esas cartas y con ellas todas mis esperanzas ambiciosas para poder probarte que eres tú sola mi gloria, la única felicidad que ambiciono, dime... consentirias en separarle de tu lado?

Margarita. Puedo creerte, Leoncio, ó te burlas?

Buridan. Haz que yo pueda verte esta noche, que yo te vea y entregaré tus cartas. Si mañana quieres perderme lo podrás hacer sin temor.

Margarita. Pero suponiendo que yo consintiese, ya sabes que no puedo recibirte en palacio.

Buridan. No sales de él cuando quieres?

Margarita. Dónde he de verte?

Buridan. En la Torre de Nesle.

Margarita. No faltarás?

Buridan. No fuí otra vez cuando no sabia lo que me aguardaba?

Margarita. (Se entrega él mismo.) Escucha, Buridan, será si se quiere una flaqueza, pero tu vista me recuerda tantos momentos de felicidad, tu voz despierta en mi corazon tantos recuerdos venturosos que creia ya muertos para mí...

Buridan. Margarita!

Margarita. Leoncio!

Buridan. Marchará Gualtero mañana?

Margarita. Esta noche te lo diré. Ahi tienes la llave de la Torre de Nesle... ahora, debemos separarnos: adios. (Ah Buridan! ahora no te escaparás de mis manos.) (*Vase.*)

Buridan. Margarita, esta es la llave de tu sepulcro, pero... tranquilízate, no te encerraré sola en él.

ESCENA VII.

MARGARITA. *Despues* ORSINI.

Margarita. Orsini?... Orsini? (*A media voz.*)

Orsini. Qué me mandais, señora?

Margarita. Esta noche irás á la Torre de Nesle con cuatro hombres armados.

Orsini. Nada mas?

Margarita. Por ahora no: allá te diré lo que debes hacer. (*Vase Orsini, y Margarita mira con recelo al rededor.*) No hay nadie... bien... (*Vase.*)

ESCENA VIII.

BURIDAN, *entrando con un pergamino en la mano: despues* SAVOISY.

Buridan. Conde de Savoisy, conde de Savoisy!

Savoisy. Señor!

Buridan. El rey no ha podido menos de haber visto con dolor los continuos asesinatos cometidos estos últimos meses en la ciudad de París: se cree con algun fundamento que los asesinos se reunen de noche

en la Torre de Nesle. Esta noche á las nueve y media cercareis la Torre con diez hombres y prendereis á todos los que se hallaren allí, cualquiera que sea su título ó su rango: ahí teneis la órden.

Savoisy. Muy pronto me hacen entrar en el ejercicio de mis funciones.

Buridan. Y bien podeis decir que esta es la mas importante que llenareis en vuestra vida.

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

CUADRO SÉPTIMO.

GUALTERO D'AULNAY.

El teatro representa la taberna de Pedro Burgés.

ESCENA PRIMERA.

LANDRY, *solo.*

Doce marcos de oro!... que hacen, si mal no cuento, seiscientas diez y ocho libras tornesas... Como el capitan cumpla su palabra y me dé esa cantidad en cambio de esta cajita, por la cual no daria yo seis sueldos, podré seguir sus consejos y ser hombre de bien... Sin embargo, será preciso hacer algo... Pero el qué?... Con ese dinero levantaré una compañía, tomaré el mando de ella y me engancharé al servicio de algun gran señor, me guardaré la paga entera y haré que mi gente viva sobre el pais... Sí, vive Dios... Es una vida alegre y regalona, y en la que nunca faltan vino ni mujeres; además, que si pasa algun viajero cargado de oro y mercancías, como el reino de los cielos se ha hecho sobre todo para los pobres, se le facilita la entrada, y con tal que uno desempeñe las obligaciones de todo un buen cristiano, que apalée de vez en cuando á un gitano y desuelle algun judío, la salvacion del alma me parece tan fácil cosa como el beberse este vaso de vino... Hola! aquí está el capitan.

ESCENA II.

LANDRY. BURIDAN.

Buridan. Así me gusta, Landry.
Landry. Ya veis que os estaba esperando.
Buridan. Y para no fastidiarte esperabas bebiendo.
Landry. No conozco compañero mejor que el vino.
Buridan. Ya, sí. (*Sacando el bolsillo.*) El dinero con que se compra.
Landry. Aquí teneis vuestra caja.
Buridan. Y aquí tienes tus doce marcos de oro.
Landry. Gracias.
Buridan. Ahora has de saber que he dado cita á un jóven aquí: le he visto á lo lejos que me seguia, con que déjame este cuarto por un rato. Al punto que le sintieres marchar vuelve á subir, porque tengo que hablarte. (*Se oye ruido en la escalera.*)
Landry. Si no me engaño, creo que es él el que sube desnucándose por la escalera... Cuidado!
Buridan. Vete, déjanos solos.
Gualtero. El capitan Buridan! (*Desde la puerta.*)
Landry. Ahí está. (*Vase.*)

ESCENA III.

BURIDAN. GUALTERO.

Buridan. (*Con malicia.*) Yo creía, señor Gualtero, que no ignorábais mi nuevo título y nombre, pero á lo que parece me engañaba, y sabed por lo mismo que desde mañana mi nombre es Leoncio de Bournonwille, y mi dignidad primer ministro de Francia.
Gualtero. Poco me importa, ni hacen ahora al caso el nombre con que os conocen ni el título que os dán: para mí sois un hombre del que viene á reclamar una promesa otro hombre: estais dispuesto á cumplírsela?
Buridan. Os prometí deciros quién fué el que asesinó á vuestro hermano.
Gualtero. No es eso.
Buridan. Os prometí esplicaros como en un solo dia

Enguerrand de Marigny ha pasado de los salones del Louvre al patíbulo de Montfacon.

Gualtero. Tampoco es eso: delincuente ó no, los jueces del primer ministro darán cuenta á Dios de esa sentencia algun dia: me prometisteis otra cosa.

Buridan. Quieres saber acaso por qué el hombre que tú mismo prendiste ayer es hoy primer ministro?

Gualtero. No, no: qué me importa á mí que Dios ó el demonio te presten su ayuda? Todos esos son secretos temibles que yo quiero desconocer siempre. Mi hermano ha muerto y Dios le vengará; Marigny ha muerto y Dios le juzgará. No quiero saber nada de eso: me prometísteis otra cosa.

Buridan. Pero cuál? esplicaos.

Gualtero. Me prometísteis que yo veria á Margarita.

Buridan. Con que es decir que vuestro amor por esa mujer sofoca todos los demás sentimientos!... Para vos el cariño fraternal no es ya mas que una vana palabra... para vos los sangrientos sucesos de la corte no son ya mas que un juego. Oh! insensato.

Gualtero. Repito que me prometísteis que yo veria á Margarita.

Buridan. Y para eso me necesitais á mí por ventura? No podeis entrar ya por la puerta secreta, ó temeis que Margarita no pase la noche en el Louvre, como la noche pasada?

Gualtero. Quién te lo ha dicho á tí? (*Yendo hácia él.*)

Buridan. El que pasó la noche al lado de Margarita.

Gualtero. Eso es una blasfemia: Buridan, estás loco?

Buridan. Sosiégate, jóven, y dá paz á la mano con que aprietas convulsivamente la empuñadura de tu espada... Cierto que Margarita merece esos estremos, porque es una mujer hermosa y apasionada... Qué te ha dicho cuando la preguntaste cómo se habia hecho aquella herida en el rostro?

Gualtero. Dios mio, tened la lengua de este hombre!

Buridan. Sin duda te habrá escrito alguna vez.

Gualtero. Y qué os importa á vos?

Buridan. Es que quiero decirte que su estilo es tierno y abrasador como sus ojos.

Gualtero. Ah!... qué dices? tus ojos de basilisco no han visto nunca la letra de la reina.

Buridan. (*Abriendo la caja.*) La conoces? Lée lo que dice esa firma : «tu amada Margarita.»

Gualtero. Qué veo!...

Buridan. No es cierto que cuando uno está á su lado en dulces coloquios de amor, si sus rizos dilatados llegan á acariciar vuestra megilla os hacen estremecer de placer, y que daria uno mil vidas por uno solo de estos rizos? (*Enseñándole una trenza de pelo que está en la caja.*)

Gualtero. Sí, esa es su letra, y ese es el color de su cabello... Dime cómo has robado esa carta; dime que ese rizo no es suyo.

Buridan. Puedes preguntárselo á ella misma: te he prometido que la verás.

Gualtero. Sí, al instante! al instante!

Buridan. Quizás no estará en la cita aun.

Gualtero. En la cita!... Quién es el hombre que ha de verse á solas con ella?... Dime su nombre... Oh!... tengo sed de su sangre y de su vida.

Buridan. Ingrato! Y si él mismo te cediese el puesto?

Gualtero. A mí?

Buridan. Sí, bien sea hastío ó bien compasion de tí, no quiere verla mas; sí, te la cede; sí, te la dá.

Gualtero. Ah! deslenguado! (*Sacando la daga.*)

Buridan. Hidalgo!

Gualtero. Dios mio!... tened piedad de mí!

Buridan. Margarita aguarda: Gualtero, piensas hacerla esperar?

Gualtero. Y dónde está, dónde.

Buridan. En la Torre de Nesle!

Gualtero. Bien. (*Se dirige hácia la puerta.*)

Buridan. Pero olvidas la llave.

Gualtero. Trae.

Buridan. Escucha aun una palabra.

Gualtero. Acaba.

Buridan. Ella fué la que mató á tu hermano.

Gualtero. Maldicion! (*Se precipita hácia la puerta.*)

ESCENA IV.

BURIDAN. *Poco despues* LANDRY.

Buridan. Sí, corre á reunirte con ella y perdeos uno por otro: eso es lo que yo deseo. Si Sovoisy es tan exacto como ellos, no dejará de prender á personas que él no se esperaba. Ahora solo me falta averiguar qué se hicieron aquellas dos desventuradas criaturas. Ah! si yo los tuviese aquí para partir con ellos mis riquezas y hacer su suerte! Landry es muy solapado, pero yo le haré cantar de plano al punto. Héle aquí.

Landry. Teneis alguna otra cosa que mandarme, mi capitan?

Buridan. No, nada. Dime, cuánto tiempo necesitará ese jóven para ir desde aquí á la Torre de Nesle?

Landry. Como no encontrará barca, será necesario que suba hasta el puente de los Molinos: en todo ello empleará cerca de media hora.

Buridan. Bueno: pon sobre la mesa ese reloj de arena, trae otro vaso, y hablemos de los tiempos pasados, de cuando nos conocimos por primera vez: siéntate, Landry.

Landry. Sí, qué buen tiempo y qué pícaras guerras! el dia se pasaba matando gente y la noche de broma. Os acordais, capitan, del vino de aquel prior de Génova, que nos supo tan bien? Lo que es entonces nos divertíamos mucho, pero tambien cometíamos pecados de buen tamaño.

Buridan. El dia del juicio pondrán en la balanza nuestras buenas y nuestras malas obras: no dudo que tú habrás hecho alguna de las primeras, para que haga peso por lo menos.

Landry. Sí, sí, he hecho algunas obras meritorias, y espero que por ellas...

Buridan. Cuéntamelas, y así me edificarás. (*Beben.*)

Landry. A principios de este año, cuando se juzgó la causa de los Templarios, faltaba un testigo para hacer que triunfase la causa de Dios, y que sentenciasen al gran maestre Santiago de Molay: un santo va-

ron, fraile benedictino, echó la vista sobre mí, me dictó un falso testimonio, y yo le repetí palabra por palabra como si fuese verdadero. Al otro dia fueron quemados públicamente los hereges para mayor gloria de Dios y de nuestra santa religion.

Buridan. Prosigue, mi valiente Landry: me han contado una historia de niños... (*Beben.*)

Landry. Si, eso fué en Alemania: pobre angelito! á estas horas estará pidiendo allá arriba por mí. Figuraos que íbamos siguiendo á unos gitanos, gentes que como sabeis son todos hereges y paganos; atravesábamos una aldea incendiada: yo oí llorar en una casa, entré y hallé un pobrecito niño gitano abandonado. Miré alrededor de mí y encontré una vasija con agua; en un abrir y cerrar de ojos, zás, le bauticé y hételo cristiano, gracias á mí: iba á ponerle en parage donde no pudiese llegar el fuego, cuando se me ocurrió que al otro dia volverian sus padres y el bautizo se le llevaria el diantre. Entonces qué hice, le acosté pulidamente en su cuna y salí cerrando la puerta. Las llamas devoraban la casa.

Buridan. Y el niño pereció? (*Distraido.*)

Landry. Sí; pero el que se llevó buen chasco fué el diablo, que creia venir á buscar á una alma idólatra y se quemó los dedos con una alma cristiana.

Buridan. Sí, ya veo que siempre has tenido una religion bien dirigida; pero yo hablaba de otros niños... de dos niños que Orsini...

Landry. Vamos, ya me acuerdo de lo que quereis hablar.

Buridan. Ah!

Landry. Sí, eran dos criaturas que Orsini me mandó arrojar al rio, y que me dieron lástima y los dejé en este mundo porque me aseguró que estaban cristianados.

Buridan. Y qué hiciste con ellos? (*Con viveza.*)

Landry. Los dejé en el pórtico de Nuestra Señora, que es el lugar destinado para los espósitos.

Buridan. Y no supiste despues su paradero?

Landry. No; lo que sé es que los recogieron, porque por la tarde ya no estaban.

Buridan. Pero no dejaste ninguna señal?... no les hi-

ciste ninguna marca por si llegase el caso de reconocerlos?

Landry. Sí tal que les hice, y lloraron bien lastimeramente; pero era por su bien: les hice con la punta de mi puñal una cruz en el brazo izquierdo.

Buridan. Una cruz? una cruz en el brazo izquierdo á los dos? (*Levantándose.*) Ah! dime que no era una cruz lo que les hiciste, que no era en el brazo izquierdo, di que era cualquiera otra marca...

Landry. Cuando os digo que era una cruz y no otra cosa, y en el brazo izquierdo y no en ninguna otra otra parte...

Buridan. Oh! infeliz, infeliz de mí! mis hijos! Felipe d'Aulnay! el uno muerto y el otro en los brazos de la muerte... ambos asesinados, el uno por ella y el otro por mí! Justicia divina! Landry, dónde encontraríamos una barca para que llegásemos antes que ese jóven?

Landry. En casa de Simon el pescador.

Buridan. Corre, toma una escala, una espada y sígueme.

Landry. Adónde, capitan?

Buridan. A la Torre de Nesle, infeliz!

CUADRO OCTAVO.

La decoracion del cuadro segundo.

ESCENA V.

MARGARITA. ORSINI.

Margarita. Sí, Orsini, es necesario un crímen mas, pero te prometo que será el último. Este hombre conoce todos nuestros secretos, secretos que llevan consigo la vida y la muerte. Si yo no hubiese contenido con astucia sus proyectos ambiciosos, ya nos hubiera perdido á tí y á mí.

Orsini. Pero ese hombre tiene sin duda algun demonio que le proteja y le instruya de todos nuestros secretos.

Margarita. De cualquier modo que sea, lo cierto es que él los sabe: con una palabra sola me ha hecho arrodillar á sus plantas como una esclava, ha rechazado todos mis proyectos para perderle, y sin embargo, ese hombre que posee todos nuestros mas terribles secretos, que me ha humillado á tal estremo que puede perdernos cuando quiera, ese hombre ha tenido la imprudencia de darme una cita para la Torre de Nesle. Yo he vacilado un momento, pero... no es verdad que ha sido una imprudencia por su parte?

Orsini. Oh! seguramente... es tentar al demonio.

Margarita. El, él mismo se nos entrega... así será menor nuestro remordimiento.

Orsini. Pero volviendo á lo que decíamos: es necesario que concluya esta carrera de crímenes: ya es tiempo de que gocemos la vida en reposo.

Margarita. Sí, es preciso, muy preciso, Orsini; pero tambien conocerás que es necesario que muera ese hombre: aun cuando yo no te lo mandase, tú mismo por tu propia seguridad hundirás tu cuchillo en su corazon.

Orsini. Sí, si... pero no dejareis de confesar que este nuevo delito pesaria demasiado sobre nuestra conciencia, seria bastante tal vez para que nuestro reposo eternal...

Margarita. Por ahora lo primero es nuestro reposo en el mundo... mientras viva ese hombre no puedo yo ser reina; si no muere, jamás seré dueña del poder, de mis tesoros, ni aun de mi vida; pero si deja de existir... Oh! te lo juro... no aparecerán ya mas cadáveres en el Sena. Y para qué? Ya tiembla toda la nobleza de Francia solo al escuchar mi nombre. Yo te daré todo el oro que quieras y serás dueño de elegir entre volverte á la bella Italia ó quedarte en Francia. Escucha: pienso arrasar esta Torre: haré construir en su lugar un convento y dotaré una comunidad de monges para que pasen su vida rogando al cielo por tu alma y por la mia, con los piés desnudos sobre la piedra desnuda; porque, te lo repito, Orsini, tanto como tú estoy horrorizada de todos estos

asesinatos: hasta se me figura que Dios me los perdonaria si no añadiese este último.

Orsini. No, no... sabe nuestros secretos y puede perdernos. Por dónde va á venir?

Margarita. Por esa escalera.

Orsini. Y no vendrá nadie antes que él?

Margarita. Nadie mas.

Orsini. Voy á apostar mi gente.

Margarita. No ves nada en el rio?

Orsini. Una barca conducida por dos hombres.

Margarita. Uno de esos dos es él. No hay que perder tiempo: corre, corre; pero cierra esa puerta para que no pueda venir aquí. No quiero volver á verle: tal vez me descubriria algun otro secreto que le salvaria la vida. Vete y enciérrame.

ESCENA VI.

MARGARITA, *sola.*

Ah! mi querido Gualtero: queria separarnos ese hombre; separarnos... Le he dado cuanto oro me ha pedido: ambicionaba honores, le he colmado de ellos; pero nos ha querido separar y he decretado su muerte. Si tú supieras que ha querido arrancarte de mi lado, tú mismo me perdonarias su muerte. Oh! Ese Leoncio, ese Buridan, ese demonio, que vuelva á entrar en el infierno de donde ha salido. A él es á quien debo todos mis crímenes: por él estoy manchada con la sangre de tantas víctimas: si Dios es justo, esa sangre caerá sobre su cabeza. Y yo... yo!... si fuese mi propio juez, no sé si me atreveria á perdonarme. (*Se llega á la ventana y escucha.*) Aun no se oye nada.

Landry. (*Al pié de la Torre.*) Estais ya arriba?

Buridan. (*Fuera del balcon.*) Si.

Margarita. Alguien anda en el balcon... Ah!

ESCENA VII.

MARGARITA. BURIDAN, *que abre el balcon.*

Buridan. Margarita! Margarita!... todavía sola: Dios sea alabado.

Margarita. Socorro!... es él.

Buridan. Nada temas.

Margarita. Tú... tú... por ese balcon!

Buridan. No temas, te repito.

Margarita. Pero por qué has venido por ahí, y no por la puerta?

Buridan. Yo te lo diré despues; pero antes tengo que hablarte de otra cosa, y cada minuto que perdamos es un tesoro arrojado á un abismo. Escuchadme.

Margarita. Vienes otra vez á amenazarme, á imponerme alguna otra condicion?

Buridan. No, ya nada tienes que temer de mí. Toma, ahí tienes mi espada, ahí tienes mi puñal y esa caja que encierra todos nuestros secretos: ahora puedes hacerme asesinar si te agrada, ya estoy desarmado, sin defensa; puedes apoderarte de esa caja, quemar lo que contiene y dormir tranquila sobre mi tumba. No vengo á amenazarte, vengo á decirte... Oh! si tú supieras lo que te vengo á decir! una cosa que puede llenar de felicidad los dias que aun nos quedan de vida: estos dias que nosotros mismos no nos atreveríamos á esperar sino llenos de crímenes y de amargura.

Margarita. Habla, no te comprendo.

Buridan. Margarita, no te queda nada en el corazon, ningun sentimiento de mujer y de madre?

Margarita. Qué quieres decirme?

Buridan. Aquella Margarita á quien yo conocí tan pura, no abriga ya ninguno de aquellos afectos sagrados para Dios y para los hombres?

Margarita. Y eres tú quien me habla de virtudes y de pureza! Satanás convertido en predicador!

Buridan. Poco me importa el nombre que quieras darme con tal que me escuches. Margarita, no has tenido nunca un instante de arrepentimiento? respóndeme como si hablárás á Dios; porque del mismo modo que Dios, puedo yo en este momento darte la felicidad ó la desesperacion... yo puedo condenarte ó absolverte... abrirte las puertas de la gloria ó las del infierno... Olvida todo lo que ha pasado entre nosotros en estos tres dias, olvídalo todo menos el amor que me tuviste en otro tiempo... Dime, no sientes

una necesidad de esplicar á alguno todo lo que has sufrido desde entonces?

Margarita. Sí, seguramente, porque semejantes secretos no pueden á veces confiarse ni al confesor; solamente á ti, á ti, que eres mi cómplice, la causa de todos mis crímenes, podria atreverme á confiarlos. Si, Buridan, ó mas bien Leoncio... todos mis delitos son consecuencia de mi primera falta! Si la hija del duque Roberto no hubiera olvidado sus deberes, tampoco hubiera cometido su primero, su mas horrendo crímen; para que no se sospechase de mí por la muerte de mi padre, perdí á mis hijos. Perseguida de mis remordimientos, no encontré mas refugio que el crímen... yo he querido ahogar con sangre la voz de mi conciencia, que me gritaba incesantemente *Parricida!* Desde entonces no he logrado escuchar una palabra de consuelo, ni una voz que me llamase á la virtud. Pasiones, remordimientos, noches terribles y sombrías llenas de amargura, ensueños azarosos, espectros... Este ha sido el fruto que me produjo tu amor.

Buridan. Pero díme, y si se hubiesen presentado á tu vista tus hijos?

Margarita. Oh! entonces... yo hubiera sido muy feliz! Si yo hubiera oido alguna vez á mis hijos decirme *madre mia*, no hubiera cometido tantas maldades... sí, mis hijos me hubieran arrancado de esa senda peligrosa que conduce á la condenacion; pero yo no podia tenerlos á mi lado... hijos mios... yo no me he atrevido nunca á pronunciar estas palabras: yo temi llamándolos que sus sombras se levantarán contra mí desde el fondo del sepulcro.

Buridan. Desgraciada!... tú los has tenido muy cerca de tí, y nada, nada te ha dicho: Margarita, esos son tus hijos.

Margarita. Cerca de mí dices?

Buridan. Y aun has visto á uno de ellos, desventurada madre, hincado de rodillas pidiendo favor contra el puñal de los asesinos!... tú estabas allí escuhando sus súplicas... no reconociste á tu hijo, tú dijiste: *herid.*

Margarita. Yo, yo... en dónde?

Buridan. Aquí, en este mismo sitio.

Margarita. Cuando?

Buridan. Antes de ayer.

Margarita. Felipe d'Aulnay!... Justicia de Dios!

Buridan. Ya que sabes la suerte del uno, te atreves á adivinar quién puede ser el otro?

Margarita. Gualtero?

Buridan. El amante de su madre.

Margarita. Oh! no, no... gracias á Dios todavía puedo llamarle mi hijo y él llamarme su madre.

Buridan. Cierto?

Margarita. Te lo juro por la sangre de mi hijo que ha sido derramada aquí: sí, es la mano de Dios sin duda la que ha encendido en mi corazon este amor puro, puro como el amor de una madre... Dios fué sin duda... Dios bueno, Dios justo, que ha querido hacerme arrepentir de mis estravíos y volver á mi alma la felicidad.

Buridan. Y ahora, Margarita, me perdonas? ves en mi todavía un enemigo?

Margarita. No, no... el padre de Gualtero.

Buridan. Ves cómo todavía podemos ser dichosos? nuestros deseos de ambicion se han cumplido: no haya mas discordia entre nosotros... Nuestro hijo será el nudo que nos ligará eternamente, y nuestro secreto quedará guardado entre los tres.

Margarita. Sí, sí...

Buridan. Crees ahora que aun puede haber para tí felicidad en el mundo?

Margarita. Sí lo creo!

Buridan. Solo una cosa falta para completar nuestra felicidad, es verdad?

Margarita. Nuestro hijo! nuestro hijo aquí, en medio de los dos!... nuestro Gualtero!

Buridan. Pronto le verás.

Margarita. Cómo?

Buridan. Le he entregado la llave que tú me diste, y no tardará en venir por esa escalera.

Margarita. Dios mio! como eras tú á quien yo esperaba, he apostado en ella algunos hombres para que te asesinasen.

Buridan. Bien te conocia yo, Margarita...

Margarita. Es él... y le matan! (*Se oye un grito en la escalera.*)

Buridan. Corramos. (*Se precipitan hácia la puerta empujándola con violencia.*)

Margarita. Quién ha hecho cerrar esta puerta... Oh! yo he sido: yo misma. Orsini... Orsini, no le hieras, desgraciado!

Buridan. Puerta del infierno!... mi hijo! mi hijo!!!

Margarita. Gualtero!

Gualtero. (*Dentro.*) Por piedad!... Socorro...

Buridan. Orsini!... demonio!... Orsini... (*Se abre la puerta.*)

ESCENA VIII.

DICHOS. GUALTERO, *ensangrentado.*

Gualtero. Margarita, Margarita... aquí tienes la llave... de la Torre...

Margarita. Desgraciado!... piedad!... soy tu madre.

Gualtero. Mi madre... pues bien... madre... maldita seas... (*Muere.*)

Margarita. Ah!

FIN DEL DRAMA.